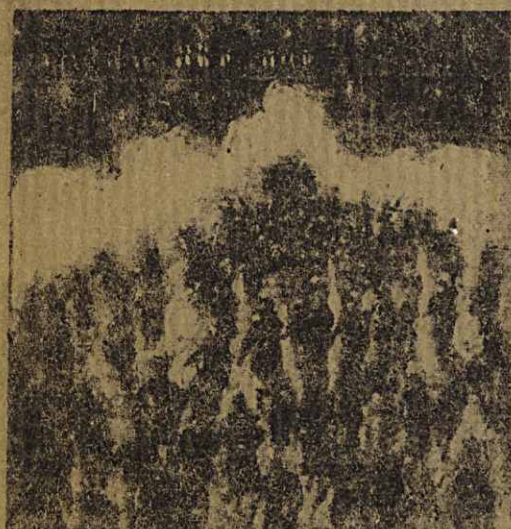


Proletarios de todos los países, uníos!

Cuadernos de

COMUNISMO



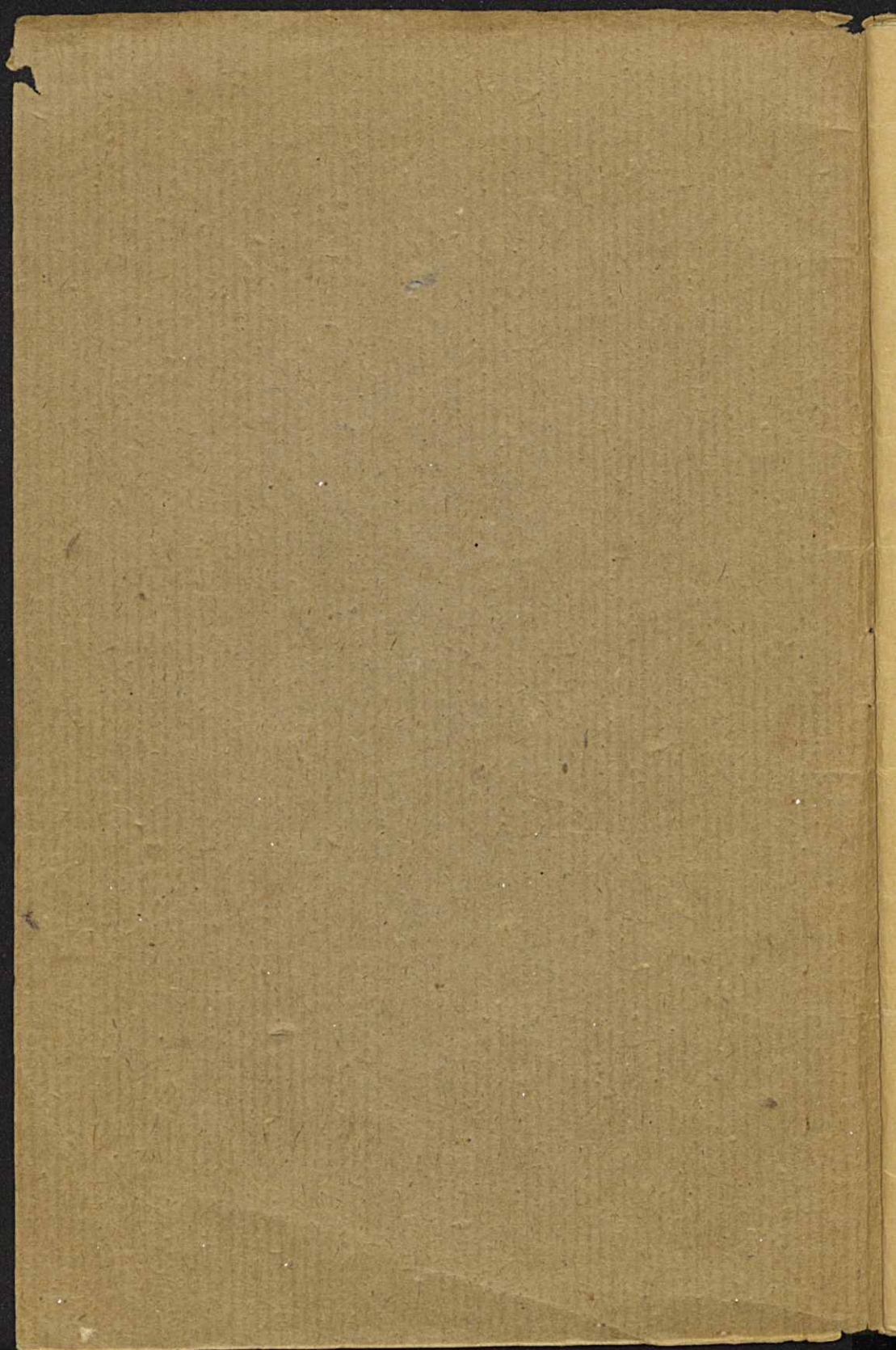
CLASICO 1

**LEON
TROTSKY
1938**

La Agonía
del Capitalismo y las Tareas
de la IV^a Internacional.

**PROGRAMA
DE
TRANSICION**

INTRODUCCION DE ERNEST MANDEL



INTRODUCCION

La idea de un programa de transición es tan vieja como el movimiento comunista contemporáneo. Surge de la constatación de la contradicción fundamental de nuestra época: la contradicción entre la madurez de las condiciones objetivas necesarias para la victoria de la revolución socialista (y entre estas condiciones objetivas, es preciso clasificar igualmente los grandes movimientos de las masas proletarias, que ponen periódicamente al orden del día inmediato la conquista del poder por el proletariado), y la inmadurez de las condiciones subjetivas necesarias para esta victoria: el nivel de conciencia del proletariado y de su dirección.

La función del programa de transición consiste en superar estas dos insuficiencias del « factor subjetivo ». Luchas de un determinado tipo — desencadenadas por reivindicaciones determinadas y organizadas de manera determinada — permiten a las masas, a través de su propia experiencia, llegar a la comprensión de la necesidad del derrocamiento inmediato del capitalismo. El núcleo del partido revolucionario (encarnando la continuidad del marxismo revolucionario, es decir, el conjunto de sus posiciones programáticas, a pesar de las deformaciones burocráticas y revisionistas de este programa, primero por la burocracia social-demócrata y sindical, después por la burocracia estalinista) se transforma en partido revolucionario de masas a medida que la conciencia de clase comunista, que la comprensión de la necesidad de un derrocamiento revolucionario del capitalismo, se extienden en capas cada vez más amplias de las masas trabajadoras. La iniciativa, la acción, el papel dirigente de este partido, son necesarios para que se lleve a cabo este proceso. Pero, de la misma manera, este proceso presupone la elevación real de la conciencia de clase de una vanguardia cada vez más masiva del proletariado.

Por esta razón, las luchas de masa no son, en sí mismas, ni automáticamente, generadoras de una solución de la crisis histórica de nuestra época, la crisis de la conciencia y de la dirección proletarias. Las luchas más masivas por reivindicaciones inmediatas no engendran necesariamente una conciencia anti-capitalista. Esta es la razón por la que la dicotomía de la social-democracia clásica (retomada hoy por los partidos comunistas, tanto pro-Moscú como pro-Pekín) entre el « programa mínimo » y el « programa máximo » — dicotomía entre las luchas por reivindicaciones inmediatas y la simple propaganda del programa máximo — no permite resolver esta contradicción. Por la misma razón, el simple refuerzo de las organizaciones de masa tradicionales — sobre todo sindicatos — no conduce tan siquiera a una solución de la crisis de la dirección obrera.

Son precisas luchas por objetivos transitorios (es decir, irrealizables dentro del marco del funcionamiento normal del régimen capitalista, es decir, desembocando en una situación pre-revolucionaria, si no es en la creación de organismos de dualidad de poder) para permitir a la conciencia de clase hacer un salto cualitativo adelante. Igualmente hace falta, al lado de los sindicatos y de los partidos, organismos de auto-organización democráticos de las luchas obreras, verdaderos embriones de soviets, para transformar, tanto en la práctica como en la conciencia de las masas, lo que todavía no son más que escaramuzas — aunque sean duras y masivas — entre el Capital y el Trabajo, en un asalto general del proletariado contra el Estado burgués y contra las relaciones de producción capitalistas.

La Internacional Comunista, asimilando estas lecciones principales de las revoluciones rusas de 1905 y de 1917 y de las grandes explosiones revolucionarias después de la primera guerra mundial, había emprendido desde su III Congreso la vía de la formulación de un programa de transición, y había expresado claramente su necesidad en una resolución adoptada en su IV Congreso. Trotsky no hizo sino proseguir esta tradición leninista elaborando, para la conferencia de fundación de la IV Internacional en 1938, el programa de transición que ha permanecido el suyo hasta hoy.

Este programa representa ante todo un análisis global de la situación histórica nacida de la época de declive del capitalismo, así como un método para resolver las contradicciones fundamentales de nuestra época. Atenerse, a cada instante, a cada letra de este texto, querer lanzar las masas a la lucha contra el paro o contra el fascismo, incluso en situaciones coyunturales pasajeras en las que estos fenómenos no están en absoluto presentes en las preocupaciones inmediatas de estas masas, es ir evidentemente contra el espíritu del Programa de Transición.

Comprender en qué las contradicciones del capitalismo son irreductibles e insolubles sin el derrocamiento de este régimen, éste es el punto de partida esencial. Comprender que las masas se lanzan periódicamente en combates de gran envergadura contra manifestaciones concretas de estas contradicciones — que difieren forzosamente según el país y según el período —, ésta es la segunda constatación fundamental. Y el objetivo: insertar a las organizaciones revolucionarias en estos combates de manera que puedan transformarlos en asaltos victoriosos contra el régimen capitalista. Todo lo demás es táctica y análisis de situaciones particulares.

Para el Programa de Transición, como para el leninismo en general, la vieja fórmula de Lenin conserva todo su sentido: el arte de la política revolucionaria parte siempre del análisis concreto de una situación concreta. Pero la diferencia entre el leninismo por un lado, y el centrismo o el oportunismo sin principios por otro, consiste en que este análisis no tiene nunca como objetivo llevar a los revolucionarios a adaptarse a una situación de hecho. Por el contrario, éste debe capacitarlos más para transformarla en un sentido bien preciso: la realización de las tareas históricas del proletariado.

No existe ninguna contradicción entre el hecho de defender con energía — primero por la propaganda, después por la agitación y en la acción — un programa de transición ante las masas trabajadoras, y la necesidad de defender cada reivindicación inmediata, por mínima que sea, desde el momento en que es necesaria para la defensa de los intereses del proletariado y de otras capas trabajadoras y explotadas de la población. Los marxistas revolucionarios tienen el deber de participar a todas estas luchas,

de defender no solamente las reivindicaciones económicas, sino también las reivindicaciones democráticas de las masas, así como tienen el deber de reforzar organizaciones de masa como los sindicatos. Pero, a diferencia de los reformistas de ayer y de hoy, no se contentan con retomar las reivindicaciones surgidas del proletariado mismo, como tampoco conciben su misión esencial en una puja respecto a estas reivindicaciones (15 % de aumento de salarios, en lugar del 12 % reclamado por los sindicatos; semana de 35 horas en lugar de semana de 36 horas reclamada por las organizaciones de masa). Los marxistas revolucionarios, tratando de inyectar la propaganda — y la agitación, si es posible — por reivindicaciones transitorias en estas luchas, juegan el verdadero papel de vanguardia histórica. Hacen consciente al movimiento espontáneo de los únicos objetivos que ofrecen soluciones duraderas y no pasajeras a los males provocados por el régimen capitalista. Representan el futuro en el presente, y orientan al movimiento de masa hacia sus objetivos históricos definitivos.

Varios de los puntos de nuestro programa de transición están hoy vivos en una amplia vanguardia de masas de numerosos países imperialistas (por no hablar de los países semi-coloniales y de los Estados obreros burocratizados). La escala móvil de salarios y el control obrero son los ejemplos más significativos. Pero, de la misma manera que el marxismo en general, el programa de transición no puede ser asimilado, ni « realizado » parte por parte. Constituye un todo coherente, que tiene precisamente por función llevar al proletariado a poner en cuestión y a derrocar la sociedad burguesa en su conjunto. La construcción de las secciones de la IV Internacional desde 1968, es la mejor demostración de que la conciencia de esta necesidad aumenta en una vanguardia cada vez más amplia en todos los países del mundo.

Ernest MANDEL
15 de diciembre de 1972

1870
1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880

LA AGONIA DEL CAPITALISMO Y LAS TAREAS DE LA CUARTA INTERNACIONAL

— PROGRAMA DE TRANSICION —

I. LAS PREMISAS OBJETIVAS DE LA REVOLUCION SOCIALISTA

La situación política mundial en su conjunto se caracteriza, ante todo, por la crisis histórica de la dirección del proletariado.

Las premisas económicas de la revolución proletaria han llegado hace mucho tiempo al punto más elevado de madurez que pueda ser alcanzado bajo el capitalismo. Las fuerzas productivas de la humanidad han cesado de crecer. Las nuevas invenciones y los nuevos progresos técnicos no conducen ya a un acrecentamiento de la riqueza material. Las crisis de coyuntura, en las condiciones de la crisis social de todo el sistema capitalista, aportan a las masas privaciones y sufrimientos siempre mayores. El crecimiento del paro ahonda a su vez la crisis financiera del Estado y mina los sistemas monetarios vacilantes. Los gobiernos, tanto democráticos como fascistas, van de una quiebra a la otra.

La burguesía misma no ve una salida. En los países en que se vio obligada a hacer su última apuesta a la carta del fascismo marcha ahora con los ojos vendados hacia la catástrofe económica y militar. En los países históricamente privilegiados, es decir, aquellos en que puede aún permitirse el lujo de la democracia a cuenta de la acumulación nacional anterior (Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos), todos los partidos tradicionales del capital se encuentran en un estado de confusión que raya, por momentos, con la parálisis de la voluntad. El « New Deal », pese al carácter decidido que ostentaba en su primera época, sólo representa una forma particular de confusión, posible en un país donde la burguesía ha podido acumular inmensas riquezas. La crisis actual, que está lejos aún de haber completado su curso, ha podido demostrar ya que la política del « New Deal » en los EE.UU., como la política del frente popular en Francia, no ofrece ninguna salida al impasse económico.

El cuadro de las relaciones internacionales no tiene mejor aspecto. Bajo la creciente presión del ocaso capitalista, los antagonismos imperialistas han alcanzado el límite más allá del cual los conflictos y explosiones sangrientas (Etiopía, España, Extremo Oriente, Europa Central...) deben confundirse infaliblemente en un incendio mundial. En verdad, la burguesía percibe el peligro mortal que una nueva guerra representa para su dominación. Pero es actualmente infinitamente menos capaz de prevenirla que en vísperas de 1914.

Las charlatanerías de toda especie según las cuales las condiciones históricas no están todavía « maduras » para el socialismo no son sino el producto de la ignorancia o de un engaño consciente. Las premisas objetivas de la revolución

proletaria no sólo están maduras, sino que han empezado a pudrirse. Sin revolución social en un próximo período histórico, la civilización humana está bajo la amenaza de ser arrasada por una catástrofe. Todo depende del proletariado, es decir, en primer lugar, de su vanguardia revolucionaria. La crisis histórica de la humanidad se reduce a la crisis de la dirección revolucionaria.

I. EL PROLETARIADO Y SU DIRECCION

La economía, el Estado, la política de la burguesía y sus relaciones internacionales están profundamente afectadas por la crisis social que caracteriza la situación prerrevolucionaria de la sociedad. El principal obstáculo en el camino de la transformación de la situación prerrevolucionaria en revolucionaria consiste en el carácter oportunista de la dirección proletaria, su cobardía pequeño-burguesa ante la burguesía y los lazos traidores que mantiene con ella, incluso en su agonía.

En todos los países, el proletariado está sobrecogido por una profunda inquietud. Grandes masas de millones de hombres se sitúan sin cesar en la vía de la revolución. Pero una y otra vez, chocan con sus propios aparatos burocráticos conservadores.

El proletariado español ha hecho desde abril de 1931 una serie de tentativas heroicas para tomar en sus manos el poder y la dirección de los destinos de la sociedad. No obstante, sus propios partidos (social-demócratas, estalinistas, anarquistas y POUM), cada cual a su manera, han actuado a modo de freno y han preparado así el triunfo de Franco.

En Francia, la poderosa ola de huelgas con ocupación de las fábricas, particularmente en junio de 1936, mostró bien a las claras que el proletariado estaba completamente dispuesto a derribar el sistema capitalista. Sin embargo, las organizaciones dirigentes, socialistas, estalinistas, sindicalistas, lograron bajo la etiqueta del Frente Popular, canalizar y detener, por lo menos momentáneamente, el torrente revolucionario.

La marea sin precedentes de huelgas con ocupación de fábricas y el crecimiento prodigiosamente rápido de los sindicatos industriales en los EE.UU. (el movimiento de la C.I.O.) son la expresión más indiscutible de la aspiración instintiva de los obreros americanos a elevarse a la altura de la misión que la historia les ha asignado. Sin embargo, aquí también, las organizaciones dirigentes, incluso la C.I.O. de reciente creación, hacen todo lo que pueden para detener y paralizar la ofensiva revolucionaria de las masas.

El paso definitivo de la Internacional Comunista del lado del orden burgués, su papel cínicamente contrarrevolucionario en el mundo entero, particularmente en España, en Francia, en Estados Unidos y en los otros países « democráticos » ha creado extraordinarias dificultades suplementarias al proletariado mundial. Usurpando la bandera de la Revolución de Octubre, el Komintern, mediante la política conciliadora de los « Frentes Populares » conduce a la clase obrera a la impotencia y abre camino al fascismo.

Los « Frentes Populares » por una parte, el fascismo por otra, son los últimos recursos políticos del imperialismo en la lucha contra la revolución proletaria. No obstante, desde el punto de vista histórico, ambos recursos no son sino una

ficción. La putrefacción del capitalismo continúa también bajo el gorro frigio en Francia como bajo el signo de la svástica en Alemania. Sólo el derrocamiento de la burguesía puede abrir una salida.

La orientación de las masas está determinada, por un lado, por las condiciones objetivas del capitalismo en descomposición, y por otro, por la política traidora de las viejas organizaciones obreras. De estos dos factores, el factor decisivo es, por supuesto, el primero; las leyes de la historia son más poderosas que los aparatos burocráticos. Cualquiera que sea la diversidad de métodos de los social-traidores (de la legislación « social » de Blum a las falsificaciones judiciales de Stalin) no lograrán jamás quebrar la voluntad revolucionaria del proletariado. Cada vez en mayor escala, sus esfuerzos desesperados para detener la rueda de la historia demostrarán a las masas que la crisis de la dirección del proletariado, que se ha transformado en la crisis de la civilización humana, sólo puede ser resuelta por la Cuarta Internacional.

III. PROGRAMA MINIMO Y PROGRAMA DE TRANSICIÓN

La tarea estratégica del próximo período — período prerrevolucionario de agitación, propaganda y organización — consiste en superar la contradicción entre la madurez de las condiciones objetivas de la revolución y la falta de madurez del proletariado y de su vanguardia (confusión y desánimo de la vieja dirección, falta de experiencia de la joven). Es preciso ayudar a las masas en el proceso de sus luchas cotidianas, a encontrar el puente entre sus reivindicaciones actuales y el programa de la revolución socialista. Ese puente debe consistir en un sistema de *reivindicaciones transitorias* partiendo de las condiciones actuales y de la conciencia actual de amplias capas de la clase obrera y conduciendo invariablemente a una sola y misma conclusión: la conquista del poder por el proletariado.

La social-democracia clásica, que desplegó su acción en la época del capitalismo progresivo, dividía su programa en dos partes independientes una de otra: el programa mínimo que se limitaba a unas reformas dentro del marco de la sociedad burguesa y el programa máximo, que prometía para un porvenir indeterminado el reemplazo del capitalismo por el socialismo. Entre el programa máximo y el programa mínimo no existía puente alguno. La social-democracia no tenía necesidad de ese puente, porque sólo hablaba del socialismo los días de fiesta.

La Internacional Comunista ha entrado en el camino de la social-democracia en la época del capitalismo en descomposición, cuando éste no puede plantearse reformas sociales sistemáticas, ni la elevación del nivel de vida de las masas, cuando la burguesía recoge cada vez con la mano derecha el doble de lo que diera con la izquierda (impuestos, derechos aduaneros, inflación, « deflación », vida cara, paro, reglamentación policiaca de las huelgas, etc.); cuando cualquier reivindicación sería del proletariado y hasta cualquier reivindicación progresiva de la pequeña-burguesía conducen inevitablemente más allá de los límites de la propiedad capitalista y del Estado burgués.

La tarea estratégica de la Cuarta Internacional no consiste en reformar el capitalismo, sino en derribarlo. Su finalidad política es la conquista del poder por el proletariado para realizar la expropiación de la burguesía. Sin embargo, la obten-

ción de este objetivo estratégico es inconcebible sin la más cuidadosa de las actitudes respecto de todas las cuestiones de táctica, inclusive las pequeñas y parciales.

Todas las fracciones del proletariado, todas sus capas, profesiones y grupos deben ser arrastrados al movimiento revolucionario. Lo que distingue a la época actual no es que exima al partido revolucionario del trabajo prosaico de todos los días, sino que permite sostener esa lucha en unión indisoluble con los objetivos de la revolución.

La Cuarta Internacional no rechaza las reivindicaciones del viejo programa « mínimo » en la medida en que ellas han conservado alguna fuerza vital. Defiende incansablemente los derechos democráticos de los obreros y sus conquistas sociales, pero realiza ese trabajo dentro de una perspectiva correcta, real, es decir, revolucionaria. En la medida que las reivindicaciones parciales « mínimas » de las masas entran en conflicto con las tendencias destructivas y degradantes del capitalismo decadente — y ésto ocurre a cada paso — la Cuarta Internacional avanza un sistema de REIVINDICACIONES TRANSITORIAS, cuyo sentido es el de dirigirse cada vez más abierta y resueltamente contra las bases del régimen burgués. El viejo « programa mínimo » es constantemente superado por el PROGRAMA DE TRANSICION cuyo objetivo consiste en una movilización sistemática de las masas para la revolución proletaria.

IV. ESCALA MOVIL DE SALARIOS Y ESCALA MOVIL DE HORAS DE TRABAJO

En las condiciones del capitalismo en descomposición, las masas continúan viviendo la triste vida de los oprimidos, quienes, ahora más que nunca, están amenazados por el peligro de ser arrojados en el abismo de la miseria. Están obligadas a defender su pedazo de pan ya que no pueden aumentarlo ni mejorarlo. No es posible ni necesario enumerar las diversas reivindicaciones parciales que surgen a cada rato de circunstancias concretas, nacionales, locales, profesionales. Pero dos calamidades económicas fundamentales, en las cuales se resume el carácter crecientemente absurdo del sistema capitalista, a saber : EL PARO y LA CARESTIA DE LA VIDA, exigen consignas y métodos de lucha generalizada.

La Cuarta Internacional declara una guerra implacable a la política de los capitalistas que, en gran parte, es la de sus agentes, los reformistas, que tiende a hacer caer sobre los trabajadores el fardo del militarismo, de la crisis, del desorden de los sistemas monetarios y demás calamidades de la agonia capitalista. Reivindica el TRABAJO y una EXISTENCIA DIGNA para todos.

Ni la inflación ni la estabilización monetaria pueden servir de consignas al proletariado porque son las dos caras de una misma moneda. Contra la carestía de la vida que, a medida que la guerra se aproxima, se accentuará cada vez más, sólo es posible luchar con una consigna : LA ESCALA MOVIL DE LOS SALARIOS. Los contratos colectivos de trabajo deben asegurar el aumento automático de los salarios, correlativamente a la elevación del precio de los artículos de consumo.

Si no quiere entregarse voluntariamente a la degeneración, el proletariado no puede tolerar la transformación de una multitud creciente de obreros en desocupados crónicos, en menesterosos que viven de las migajas de una sociedad en descomposición. El derecho al trabajo es el único derecho que tiene el obrero en

una sociedad fundada sobre la explotación. No obstante, se le quita ese derecho a cada instante. Contra el paro, tanto de « estructura » como de « coyuntura », es preciso lanzar al mismo tiempo que las consignas de « trabajos de interés público », la consigna de la ESCALA MOVIL DE LAS HORAS DE TRABAJO. Los sindicatos y otras organizaciones de masas deben ligar a aquellos que tienen trabajo con los que carecen de él por medio de los compromisos mutuos de solidaridad. El trabajo disponible debe ser repartido entre todos los trabajadores existentes, y es así como debe determinarse la duración de la semana de trabajo, debiendo permanecer el salario de cada obrero igual al de la antigua semana de trabajo. El salario, con un mínimo estrictamente asegurado, debe seguir el movimiento de los precios. No es posible aceptar ningún otro programa para el período catastrófico actual.

Los propietarios y sus abogados demostrarán « la imposibilidad de realizar » estas reivindicaciones. Los capitalistas de menor cuantía, sobre todo aquellos que marchan a la ruina, invocarán además sus libros de contabilidad. Los obreros rechazarán categóricamente esos argumentos y esas referencias. No se trata aquí del choque « normal » de intereses materiales opuestos. Se trata de preservar al proletariado de la decadencia, de la desmoralización y de la ruina. Se trata de la vida y de la muerte de la única clase creadora y progresiva, y por eso mismo, del porvenir de la humanidad. Si el capitalismo es incapaz de satisfacer las reivindicaciones que surgen infaliblemente de los males por él mismo engendrados, no le queda más que perecer. La « posibilidad » o la « imposibilidad » de realizar las reivindicaciones es, en el caso presente, una cuestión de relación de fuerzas que sólo puede ser resuelta por la lucha. Sobre la base de esta lucha, cualquiera que sean los éxitos prácticos inmediatos, los obreros comprenderán, del modo más adecuado, la necesidad de liquidar la esclavitud capitalista.

V. LOS SINDICATOS EN LA EPOCA DE TRANSICION

En la lucha por las reivindicaciones parciales y transitorias, los obreros necesitan, ahora más que nunca, organizaciones de masas, ante todo sindicatos. El auge de los sindicatos en Francia y en los Estados Unidos es la mejor respuesta a las doctrinas ultraizquierdistas que predicaban que los sindicatos estaban « fuera de época ».

Los Bolcheviques Leninistas se encuentran en las primeras filas de todas las formas de lucha, incluso cuando se trata de los intereses materiales o de los derechos democráticos más elementales de la clase obrera. Toman parte activa en la vida de los sindicatos de masas, preocupándose de robustecer y acrecentar su espíritu de lucha. Luchan implacablemente contra todas las tentativas de someter los sindicatos al Estado burgués y de maniatar al proletariado con « el arbitraje obligatorio » y todas las demás formas de intervención policial, no sólo fascistas sino también « democráticas ». Solamente sobre la base de ese trabajo es posible luchar con éxito en el interior de los sindicatos contra los reformistas, incluyendo los que pertenecen a la burocracia estalinista. Las tentativas sectarias de crear o mantener pequeños sindicatos « revolucionarios » como una segunda edición del partido, significan de hecho la renuncia a la lucha por la dirección de la clase obrera. Es necesario plantearlo aquí como un principio inmovible: el autoaislamiento capitulador fuera de los sindicatos de masas, equivalente a la traición a la revolución, es incompatible con la pertenencia a la Cuarta Internacional.

Al mismo tiempo la Cuarta Internacional rechaza y condena resueltamente todo fetichismo sindical, propio de los tradeunionistas y de los sindicalistas.

a) Los sindicatos ni tienen y, por sus objetivos, su composición y el carácter de su reclutamiento, no pueden tener un programa revolucionario acabado; por eso no pueden sustituir al partido. La creación de partidos revolucionarios nacionales, secciones de la Cuarta Internacional, es la tarea central de la época de transición.

b) Los sindicatos, aun los más poderosos, no abarcan, por una parte, más del 20 al 25 % de la clase obrera y, por otra parte, sólo a sus capas más calificadas y mejor pagadas. La mayoría más oprimida de la clase obrera no es arrastrada a la lucha sino episódicamente en los periodos de auge excepcional del movimiento obrero. En estos momentos es necesario crear organizaciones adecuadas, que abarquen a toda la masa en lucha: los COMITES DE HUELGA, los COMITES DE FABRICA y, en fin, los SOVIETS.

c) En tanto que organizaciones de las capas superiores del proletariado, los sindicatos, como lo atestigua toda la experiencia histórica, comprendida en ella la experiencia fresca aún de los sindicatos anarcosindicalistas de España, desarrollan poderosas tendencias a la conciliación con el régimen democrático-burgués. En los periodos agudos de lucha de clases, los aparatos dirigentes de los sindicatos se esfuerzan por convertirse en los dueños del movimiento de masas, para así poderlo domesticar. Esto se produce ya simplemente en las huelgas, sobre todo en huelgas de masas con ocupación de fábricas que quebrantan los principios de la propiedad burguesa. En tiempo de guerra o de revolución, cuando la situación de la burguesía se hace particularmente difícil, los jefes de los sindicatos se transforman ordinariamente en ministros burgueses.

Por todo lo que antecede, las secciones de la Cuarta Internacional deben esforzarse constantemente no sólo en renovar el aparato de los sindicatos proponiendo atrevida y resueltamente en los momentos críticos nuevos líderes dispuestos a la lucha en lugar de funcionarios rutinarios y careeristas, sino también en crear en todos los casos en que sea posible, organizaciones de combate autónomas que respondan mejor a los objetivos de la lucha de masas contra la sociedad burguesa, sin arredrarse, si fuese necesario, frente a una ruptura abierta con el aparato conservador de los sindicatos. Si es criminal volver la espalda a las organizaciones de masas para contentarse con ficciones sectarias, no es menos criminal tolerar pasivamente la subordinación del movimiento revolucionario de las masas al control de camarillas burocráticas abiertamente reaccionarias o conservadoras disfrazadas de « progresistas ». El sindicato no es un fin en sí, sino sólo uno de los medios a emplear en la marcha hacia la revolución proletaria.

VI. LOS COMITES DE FABRICA

El movimiento obrero de la época de transición no tiene un carácter regular y uniforme, sino febril y explosivo. Las consignas, como las formas de organización deben ser subordinadas a ese carácter del movimiento. Huyendo de la rutina como de la peste, la dirección debe prestar atención a la iniciativa de las masas.

Las huelgas con ocupación de fábricas, una de las más recientes manifestaciones de esta iniciativa, rebasan los límites del régimen capitalista normal. Independientemente de las reivindicaciones de los huelguistas, la ocupación temporal de las empresas asesta un golpe al idolo de la propiedad capitalista. Toda huelga de

ocupación plantea prácticamente el problema de saber quién es el dueño de la fábrica: el capitalista o los obreros.

Si la ocupación de la fábrica plantea esta cuestión episódicamente, el COMITE DE FABRICA le da una expresión organizada. Elegido por todos los obreros y empleados de la empresa, el comité de fábrica crea de golpe un contrapeso a la voluntad de la administración.

A la crítica que realizan los reformistas de los patrones de viejo tipo — los llamados «patrones de derecho divino» tipo Ford —, enfrentándolos a los «buenos» explotadores «democráticos», nosotros oponemos la consigna de los comités de fábrica, como centro de lucha contra unos y otros.

Los burócratas de los sindicatos se opondrán, por regla general, a la creación de comités, del mismo modo que se oponen a todo paso audaz en el camino de la movilización de las masas. Sin embargo, su oposición será tanto más fácil de quebrar cuanto mayor sea la extensión del movimiento. Allí donde todos los obreros de la empresa están sindicados en los periodos «tranquilos» (closed-shop), el comité coincidirá formalmente con el órgano del sindicato, pero renovará su composición y ampliará sus funciones. Sin embargo, el principal significado de los comités es el de transformarse en Estados Mayores para las capas obreras que, por lo general, el sindicato no es capaz de abarcar. Y es precisamente de esas capas más explotadas de donde surgirán los destacamentos más abnegados a la revolución.

A partir del momento de la aparición del comité de fábrica, se establece de hecho una DUALIDAD DE PODER en la fábrica que, por su esencia misma, tiene un carácter transitorio, ya que encierra en sí dos regímenes irreconciliables: el régimen capitalista y el régimen proletario. La principal importancia de los comités de fábrica consiste precisamente en abrir un período prerrevolucionario, si no directamente revolucionario, entre el régimen burgués y el régimen proletario. Que la propaganda por los comités de fábrica no es prematura ni artificial lo demuestra claramente la ola de ocupaciones de fábricas que se ha desencadenado en algunos países. Nuevas olas de ese género son inevitables en un porvenir próximo. Es preciso iniciar a tiempo una campaña en pro de los comités de fábrica para que los acontecimientos no nos cojan de improviso.

VII. EL « SECRETO COMERCIAL » Y EL CONTROL OBRERO SOBRE LA INDUSTRIA

El capitalismo liberal, basado en la competencia y la libertad de comercio, se ha eclipsado ya hace mucho tiempo. El capitalismo monopolista que lo reemplazó, no solamente no ha reducido la anarquía del mercado, sino que por el contrario, le ha dado un carácter particularmente convulsivo. La necesidad de un «control» sobre la economía, de una «dirección» estatal, de una «planificación», es reconocida ahora — al menos verbalmente — por casi todas las corrientes del pensamiento burgués y pequeño-burgués, desde el fascismo hasta la social-democracia. Para el fascismo se trata sobre todo de un saqueo «planificado» del pueblo con fines militares. Los social-demócratas tratan de vaciar el océano de la anarquía, con la cuchara de una «planificación» burocrática. Los ingenieros y los profesores escriben artículos sobre la tecnocracia. Los gobiernos democráticos tropiezan en sus tentativas tímidas de «reglamentación» con el sabotaje del gran capital, y son incapaces de superarlo.

La verdadera relación existente entre explotadores y « controladores » democráticos se revela en el hecho de que los señores « reformadores » poseídos de una santa emoción se detienen en el umbral de los trusts, con sus « secretos » industriales y comerciales. Aquí reina el principio de la « no intervención ». Las cuentas entre el capitalista aislado y la sociedad constituyen un secreto del capitalista; la sociedad no tiene nada que ver con ellas. El « secreto » comercial se justifica siempre, como en la época del capitalismo liberal, por los intereses de la « competencia ». En realidad los trusts no tienen secretos entre sí. El secreto comercial de la época actual es un constante complot del capital monopolista contra la sociedad. Los proyectos de limitación del absolutismo de los « patronos de derecho divino » seguirán siendo lamentables farsas mientras los propietarios privados de los medios sociales de producción puedan ocultar a los productores y a los consumidores la mecánica de la explotación, el saqueo y el engaño. La abolición del « secreto comercial » es el primer paso hacia un verdadero control de la industria.

Los obreros no tienen menos derechos que los capitalistas a conocer los « secretos » de la empresa, de los trusts, de las ramas de la industria, de toda la economía nacional en su conjunto. Los bancos, la industria pesada y los transportes centralizados deben ser los primeros sometidos a observación.

Los primeros objetivos del control obrero consisten en aclarar cuáles son las ganancias y gastos de la sociedad empezando por la empresa aislada; determinar la verdadera parte del capitalista aislado y de los capitalistas en su conjunto en la renta nacional; desenmascarar las combinaciones de pasillos y las estafas de los bancos y de los trusts; revelar, en fin, ante la sociedad el derroche espantoso de trabajo humano que resulta de la anarquía del capitalismo y de la exclusiva búsqueda del beneficio.

Ningún funcionario del Estado burgués puede llevar a cabo esta tarea cualquiera que sean los poderes de que fuera investido. El mundo entero ha observado la impotencia del presidente Roosevelt y del presidente del Consejo León Bhum frente al complot de las « 60 » o de las « 200 » familias de sus respectivos países. Para quebrar la resistencia de los explotadores se requiere la presión del proletariado. Los comités de fábrica y solamente ellos pueden asegurar un verdadero control sobre la producción, llamando en su ayuda, como consejeros y no como « tecnócratas », a los especialistas honestos y afectos al pueblo: contables, estadistas, ingenieros, sabios, etc.

En particular la lucha contra el paro es inconcebible sin una amplia y atrevida organización de GRANDES OBRAS PUBLICAS. Pero las grandes obras no pueden tener una importancia duradera y progresiva tanto para la sociedad como para los desocupados, si no forman parte de un plan general, trazado para un período de varios años. Dentro del marco de ese plan los obreros reivindicarán la reanudación del trabajo, por cuenta de la sociedad, en las empresas privadas cerradas a causa de la crisis. El control obrero en tales casos sería sustituido por una administración directa por parte de los obreros.

La elaboración de un plan económico, aun el más elemental — desde el punto de vista de los intereses de los explotados y no de los explotadores — es inconcebible sin control obrero, sin que la mirada de los obreros penetre a través de los resortes aparentes y ocultos de la economía capitalista. Los comités de las diversas empresas deben elegir, en reuniones adecuadas, comités de trusts, de

ramas de industria, de regiones económicas, en fin, de toda la industria nacional en su conjunto. De esa forma, el control obrero pasará a ser LA ESCUELA DE LA ECONOMIA PLANIFICADA. Por la experiencia del control, el proletariado se preparará para dirigir directamente la industria nacionalizada, cuando llegue la hora.

A los capitalistas, especialmente aquéllos de pequeña y mediana importancia que, a veces, proponen ellos mismos abrir sus libros de cuenta ante los obreros — sobre todo para demostrarles la necesidad de reducir los salarios — los obreros deberán responderles que lo que a ellos les interesa no es la contabilidad aislada de quienes están en bancarrota o a punto de estarlo, sino la contabilidad de todos los explotadores. Los obreros no quieren ni pueden adaptar su nivel de vida a los intereses de los capitalistas aislados convertidos en víctimas de su propio régimen. La tarea consiste en reconstruir todo el sistema de producción y de distribución sobre principios más racionales y más dignos. Si la abolición del secreto comercial es la condición necesaria del control obrero, ese control representa el primer paso en el camino de la dirección socialista de la economía.

VIII. LA EXPROPIACION DE CIERTOS GRUPOS DE CAPITALISTAS

El programa socialista de la expropiación, es decir, de la destrucción política de la burguesía y de la liquidación de su dominación económica, no puede, en ningún caso, constituir un obstáculo en el presente período de transición, bajo diversos pretextos, a la reivindicación de la expropiación de algunas de las ramas industriales más importantes para la existencia nacional o de algunos de los grupos más parásitos de la burguesía.

Así, a las prédicas quejumbrosas de los señores demócratas sobre la dictadura de las « 60 familias » de los Estados Unidos o de las « 200 familias » de Francia, nosotros oponemos la reivindicación de la expropiación de esos 60 ó 200 señores feudales del capitalismo.

De igual modo reivindicamos la expropiación de las compañías monopolizadoras de la industria de guerra, de los ferrocarriles, de las más importantes fuentes de materias primas, etc.

La diferencia entre estas reivindicaciones y la consigna reformista demasiado vaga de « nacionalización » consiste en que : 1) Nosotros rechazamos las indemnizaciones ; 2) Prevenimos a las masas contra los demagogos del Frente Popular que, mientras proponen la nacionalización en palabras, siguen siendo, en los hechos, los agentes del capital ; 3) Aconsejamos a las masas contar solamente con su fuerza revolucionaria ; 4) Ligamos el problema de la expropiación a la cuestión del poder obrero y campesino.

La necesidad de lanzar la consigna de la expropiación en la *agitación* cotidiana — por consiguiente, de forma fraccionada y no solamente desde un punto de vista *propagandista*, a nivel general — viene provocada porque las diversas ramas de la industria se encuentran en un distinto nivel de desarrollo, ocupan lugares diferentes en la vida de la sociedad y pasan por diferentes etapas de la lucha de clases. Sólo el ascenso revolucionario general del proletariado puede poner la expropiación general de la burguesía al orden del día. El objeto de las reivindicaciones transitorias es el de preparar al proletariado a la resolución de esta tarea.

IX. LA EXPROPIACION DE LOS BANCOS PRIVADOS Y LA ESTATIZACION DEL SISTEMA DE CREDITO

El imperialismo significa la dominación del *capital financiero*. Junto a los consorcios y los trusts y frecuentemente por encima de ellos, los bancos concentran en sus manos la dirección real de la economía. En su estructura los bancos reflejan de forma concentrada, toda la estructura del capitalismo contemporáneo: combinan las tendencias del monopolio con las tendencias de la anarquía. Organizan milagros técnicos, empresas gigantescas, trusts potentes y organizan también la vida cara, las crisis y el paro. Imposible dar ningún paso serio hacia adelante en la lucha contra la arbitrariedad monopolista y la anarquía capitalistas, si se dejan las palancas de mando de los bancos en manos de los grandes capitalistas. Para crear un sistema único de inversión y de crédito, según un plan racional que corresponda a los intereses de toda la nación, es necesario unificar todos los bancos en una institución nacional única. Sólo la expropiación de los bancos privados y la concentración de todo el sistema de crédito en manos del Estado pondrán en las manos de éste los medios necesarios, reales, es decir, materiales, y no solamente ficticios y burocráticos, para la planificación económica.

La expropiación de los bancos no significa en ningún caso la expropiación de los pequeños depósitos bancarios. Por el contrario, para los pequeños depositantes, la *Banca de Estado* única podrá crear condiciones más favorables que los bancos privados. De la misma manera sólo la banca del Estado podrá establecer para los campesinos, los artesanos y pequeños comerciantes, condiciones de crédito privilegiadas, es decir, baratas. Sin embargo, lo más importante es que toda la economía, en primer término la industria pesada y los transportes, dirigida por un estado mayor financiero único, sirva a los intereses vitales de los obreros y de todos los trabajadores.

No obstante, la ESTATIZACION DE LOS BANCOS sólo dará resultados favorables si el poder estatal mismo pasa de manos de explotadores a manos de los trabajadores.

X. PIQUETES DE HUELGA, DESTACAMIENTOS DE COMBATE, MILICIA OBRERA. EL ARMAMENTO DEL PROLETARIADO

Las huelgas con ocupación de fábricas son una advertencia muy seria dirigida por las masas no sólo a la burguesía, sino también a las organizaciones obreras, incluida la Cuarta Internacional. En 1919-1920, los obreros italianos ocuparon las fábricas por su propia iniciativa, señalando así a sus mismos «jefes» la llegada de la revolución social. Los «jefes» no tomaron en cuenta la advertencia. El resultado fue la victoria del fascismo.

Las huelgas con ocupación no son todavía la toma de las fábricas a la manera italiana; pero son un paso decisivo en este camino. La crisis actual puede exacerbar extremadamente la marcha de la lucha de clases y precipitar el desenlace. No hay que creer, sin embargo, que una situación revolucionaria surge repentinamente. En realidad, su aproximación será señalada por toda una serie de convulsiones. La ola de huelgas con ocupación de fábricas es precisamente una de ellas. La tarea de las secciones de la Cuarta Internacional es ayudar a la vanguardia

proletaria a comprender el carácter general y los ritmos de nuestra época y fecundar a tiempo la lucha de masas con consignas cada vez más audaces y con medidas de organización para el combate.

La exacerbación de la lucha del proletariado significa la exacerbación de los métodos de resistencia por parte del capital. Las nuevas olas de huelgas con ocupación de fábricas pueden provocar y provocarán infaliblemente enérgicas medidas de reacción por parte de la burguesía. El trabajo preparatorio se conduce desde ahora en los estados mayores de los trusts. ¡Desgraciadas las organizaciones revolucionarias, desgraciado el proletariado si se deja coger nuevamente de improviso!

La burguesía no se limita en ninguna parte a utilizar solamente la policía y el ejército oficiales. En los Estados Unidos, incluso en los periodos de « calma », mantiene destacamentos militarizados de elementos amarillos y bandas armadas de carácter privado en las fábricas. Es preciso agregar ahora las bandas de nazis norteamericanas. La burguesía francesa, en cuanto sintió la proximidad del peligro, movilizó los destacamentos fascistas semilegales e ilegales hasta en el interior del ejército oficial. Bastará que los obreros ingleses aumenten de nuevo su empuje para que de inmediato las bandas de Lord Mosley multipliquen su número por dos, por tres, por diez e inicien una cruzada sangrienta contra los obreros. La burguesía advierte claramente que en la época actual la lucha de clases infaliblemente tiende a transformarse en guerra civil. Los magnates y los lacayos del capital han aprendido en los ejemplos de Italia, Alemania, Austria y otros países, mucho más que los jefes oficiales del proletariado.

Los políticos de la Segunda y Tercera Internacional, al igual que los burócratas de los sindicatos, cierran los ojos conscientemente ante el ejército privado de la burguesía, pues de lo contrario no podrían mantener ni durante 24 horas su alianza con ella. Los reformistas inculcan sistemáticamente a los obreros la idea de que la sacrosanta democracia está más segura allí donde la burguesía se halla armada hasta los dientes y los obreros desarmados.

La Cuarta Internacional tiene el deber de acabar de una vez por todas con esta política servil. Los demócratas pequeño-burgueses — incluidos los social-demócratas, los estalinistas y los anarquistas — gritan tanto más estentóreamente acerca de la lucha contra el fascismo cuanto más cobardemente capitulan ante el mismo. Las bandas fascistas sólo pueden ser contrarrestadas victoriosamente por los destacamentos de obreros armados que sirven tras de sí el apoyo de decenas de millones de trabajadores. La lucha contra el fascismo no se inicia en la redacción de una hoja liberal, sino en la fábrica, y termina en la calle. Los esquirols y los guardias privados de las fábricas son las células fundamentales del ejército del fascismo. LOS PIQUETES DE HUELGA son las células fundamentales del ejército del proletariado. Es necesario partir de aquí. En ocasión de cada huelga y de cada manifestación callejera hay que propagar la idea de la necesidad de crear **DESTACAMIENTOS OBREROS DE AUTODEFENSA**. Es preciso inscribir esta consigna en el programa del ala revolucionaria de los sindicatos. En todas partes donde sea posible empezando por las organizaciones juveniles, es preciso constituir prácticamente milicias de autodefensa, adiestrándolas en el manejo de las armas.

La nueva ola del movimiento de masas no sólo debe servir para aumentar el

número de esos destacamentos sino también para unificarlos por barrios, ciudades y regiones. Es preciso dar una expresión organizada al legítimo odio de los obreros en contra de los esquirols, de las bandas de pistoleros y fascistas. Es preciso lanzar la consigna de la MILICIA OBRERA como única garantía seria de la inviolabilidad de las organizaciones, las reuniones y la prensa obrera.

Sólo gracias a un trabajo sistemático, constante, incansable, valiente en la agitación y en la propaganda, siempre en relación con la experiencia de las masas, pueden extirparse de su conciencia las tradiciones de docilidad y pasividad; educar destacamentos de heroicos combatientes, capaces de servir de ejemplo a todos los trabajadores; infligir una serie de derrotas tácticas a las bandas de la contrarrevolución; aumentar la confianza de los explotados en sí mismos; desacreditar al fascismo a los ojos de la pequeña-burguesía y despejar el camino para la conquista del poder por el proletariado.

Engels definía al Estado como «destacamentos de gentes armadas». EL ARMAMENTO DEL PROLETARIADO es un factor integrante indispensable de su lucha emancipadora. Cuando el proletariado lo quiera, hallará el camino y los medios para armarse. También en este terreno, la dirección incumbe naturalmente a las secciones de la Cuarta Internacional.

XI. LA ALIANZA DE LOS OBREROS Y DE LOS CAMPESINOS

El obrero agrícola es en la aldea el hermano de armas y el equivalente del obrero de la industria. Son dos partes de una sola y misma clase. Sus intereses son inseparables. El programa de las reivindicaciones transitorias de los obreros industriales es también, con ciertos cambios, el programa del proletariado agrícola.

Los campesinos (arrendatarios) representan otra clase: es la pequeña-burguesía de la aldea. La pequeña-burguesía se compone de diferentes capas, desde los semiproletarios hasta los explotadores. De acuerdo con esto, la tarea política del proletariado industrial consiste en llevar la lucha de clases a la aldea: solamente así podrá separar sus aliados de sus enemigos.

Las peculiaridades del desarrollo nacional de cada país hallan su más viva expresión en la situación de los campesinos y parcialmente de la pequeña-burguesía de la ciudad (artesanos y comerciantes) porque estas clases, por numerosas que sean, representan en el fondo supervivencias de formas precapitalistas de producción. Las secciones de la Cuarta Internacional debe, de la manera más concreta posible, elaborar programas de reivindicaciones transitorias para los campesinos y la pequeña-burguesía de la ciudad, correspondientes a las condiciones de cada país. Los obreros avanzados deben aprender a dar respuestas claras y concretas a los problemas de sus futuros aliados.

En tanto siga siendo el campesino un pequeño productor «independiente», tiene necesidad de crédito barato, de precios accesibles para las máquinas agrícolas y los abonos, de condiciones favorables de transporte, de una organización honesta para la comercialización de los productos agrícolas. Sin embargo, los bancos, los trusts y los comerciantes extorsionan al campesino por todas partes. Sólo los mismos campesinos, con ayuda de los obreros, pueden reprimir este saqueo. Es necesario que entren en acción los COMITES DE

CAMPESINOS POBRES que, junto a los comités obreros y los comités de empleados de banca, tomarán en sus manos el control de las operaciones de transporte, crédito y comercio que afectan a la agricultura.

Invocando falsamente las « excesivas » exigencias de los obreros la gran burguesía convierte artificialmente el problema del PRECIO DE LAS MERCANCIAS en una cuña que introduce luego entre los obreros y los campesinos, entre los obreros y la pequeña-burguesía de las ciudades. El campesino, el artesano, el pequeño comerciante, a diferencia del obrero, del empleado y del pequeño funcionario, no pueden reclamar un aumento de salario paralelo al aumento de los precios. La lucha burocrática oficial contra la carestía de la vida no sirve más que para engañar a las masas. Los campesinos, los artesanos y los comerciantes, sin embargo, en su condición de consumidores, deben tomar una participación activa, junto con los obreros, en la política de los precios. A las prédicas de los capitalistas relativas a los gastos de producción, de transporte y de comercio, los consumidores deben responder : « Mostradnos vuestros libros, exijamos el control sobre la política de los precios ». Los órganos de este control deben ser los COMITES DE VIGILANCIA DE LOS PRECIOS, formados por delegados de las fábricas, de sindicatos, de cooperativas, de organizaciones de campesinos, de elementos de la pequeña-burguesía pobre de las ciudades, de los trabajadores del servicio doméstico, etc. De este modo los obreros demostrarán a los campesinos que la razón de la elevación de los precios no consiste en los salarios altos sino en las ganancias excesivas de los capitalistas y en el derroche de la anarquía capitalista.

El programa de la NACIONALIZACION DE LA TIERRA y de la COLECTIVIZACION DE LA AGRICULTURA debe formularse de tal manera que excluya radicalmente la idea de la expropiación de los campesinos pobres o de la colectivización forzosa. El campesino continuará siendo el propietario de su lote de tierra mientras él mismo lo considere necesario y posible. Para rehabilitar el programa socialista a los ojos de los campesinos es preciso desenmascarar implacablemente los métodos estalinistas de colectivización, dictados por los intereses de la burocracia y no por los intereses de los campesinos y de los obreros.

La expropiación de los expropiadores tampoco significa la deposición forzosa de los ARTESANOS pobres y de los PEQUEÑOS COMERCIANTES. Por el contrario, el control de los obreros sobre los bancos y los trusts, y con mayor razón la nacionalización de estas empresas, puede crear para la pequeña-burguesía de la ciudad condiciones incomparablemente más favorables de crédito, de compra y de venta, que bajo la dominación ilimitada de los monopolios. La dependencia de esas empresas respecto del capital privado será sustituida por la dependencia respecto del Estado, cuya atención a las necesidades de sus modestos colaboradores y agentes será tanto mayor cuanto más finamente los trabajadores tengan al Estado en sus manos.

La participación práctica de los campesinos explotados en el control de las distintas ramas de la economía permitirá a los campesinos decidir por sí mismos el problema de saber si les conviene o no sumarse al trabajo colectivo de la tierra, en qué plazos y en qué escala. Los obreros de la industria se comprometen a aportar en este camino toda su colaboración a los campesinos : por intermedio de los sindicatos, de los comités de fábrica y, sobre todo, del gobierno obrero y

campesino. La alianza que el proletariado propone, no a las clases medias en general, sino a las capas explotadas de la ciudad y del campo, contra todos los explotadores, incluidos los explotadores « medios », no puede basarse en la coacción, sino solamente en un libre acuerdo que debe consolidarse en un « pacto » especial. Este « pacto » es precisamente el programa de reivindicaciones transitorias, libremente aceptado por las dos partes.

XII. LA LUCHA CONTRA EL IMPERIALISMO Y CONTRA LA GUERRA

Toda la situación mundial y por consiguiente también la vida política interior de los diversos países se hallan bajo la amenaza de la guerra mundial. La catástrofe que se avecina llena de angustia, ya desde ahora, a las más amplias masas de la humanidad.

La Segunda Internacional repite su política de traición de 1914 con tanta mayor convicción cuanto que la Internacional « Comunista » desempeña ahora el papel de primer violín del patriotismo. Desde que el peligro de la guerra se ha concentrado, los estalinistas, superando con mucho a los pacifistas burgueses y pequeño-burgueses, se han convertido en los campeones de la pretendida « defensa nacional ». La lucha revolucionaria contra la guerra recae así enteramente sobre los hombros de la Cuarta Internacional.

La política de los Bolcheviques Leninistas en esta cuestión ha sido formulada en las tesis programáticas del Secretariado Internacional, que todavía ahora conservan todo su valor (*La Cuarta Internacional y la guerra*, mayo de 1934). El éxito del partido revolucionario en el próximo periodo dependerá ante todo de su política en la cuestión de la guerra. Una política correcta comprende dos elementos: una actitud intransigente hacia el imperialismo y su guerra y el arte de apoyarse en la propia experiencia de las masas.

En el problema de la guerra más que en cualquier otro problema, la burguesía y sus agentes engañan al pueblo con abstracciones, fórmulas generales y frases patéticas: « neutralidad », « seguridad colectiva », « armamentos para la defensa de la paz », « defensa nacional », « lucha contra el fascismo », etc. Todas estas fórmulas se reducen, en resumidas cuentas, a que la cuestión de la guerra, es decir, la suerte de los pueblos, debe quedar en manos de los imperialistas, de sus gobiernos, de su diplomacia, de sus Estados Mayores con todas sus intrigas y complots contra los pueblos.

La Cuarta Internacional rechaza con indignación todas las abstracciones que juegan entre los demócratas el mismo papel que entre los fascistas: « honor », « sangre », « raza ». Pero la indignación no es suficiente. Es preciso ayudar a las masas con criterios, consignas y reivindicaciones apropiadas para descubrir la realidad, para distinguir lo que hay de concreto en el fondo de las abstracciones fraudulentas.

« DESARME »? Pero toda la cuestión del desarme consiste en saber quién desarmará y quién será desarmado. El único desarme que puede prevenir o detener la guerra es el desarme de la burguesía por los obreros. Pero para desarmar a la burguesía, es necesario que los mismos obreros se armen.

« NEUTRALIDAD » ? Pero el proletariado no es, en absoluto, neutral en la guerra entre Japón y China, o entre Alemania y la URSS. Significa esto la defensa de China y la URSS ? Evidentemente, pero no por intermedio de los imperialistas que estrangularán a la China y la URSS.

« DEFENSA DE LA PATRIA » ? Pero bajo esta abstracción la burguesía entiende la defensa de sus ganancias y sus robos. Estamos dispuestos a defender la patria de los ataques de los capitalistas extranjeros, una vez que hayamos atado de pies y manos e impedido a nuestros propios capitalistas atacar las patrias de los demás ; una vez que los obreros y los campesinos sean los verdaderos amos de nuestro país, una vez que las riquezas del país pasen de manos de una infima minoría a las manos del pueblo ; una vez que el ejército, de un instrumento de los explotadores se convierta en un instrumento de los explotados.

Es necesario saber traducir estas ideas fundamentales en ideas más particulares y más concretas, según la marcha de los acontecimientos y la orientación y estado de espíritu de las masas. Es necesario, por otra parte, distinguir estrictamente el pacifismo del diplomático, del profesor, del periodista, del pacifismo del carpintero, del obrero agrícola, de la lavandera. En el primer caso, el pacifismo es la máscara del imperialismo. En el segundo, es la expresión confusa de la desconfianza hacia el imperialismo.

Cuando el pequeño campesino o el obrero hablan de la defensa de la patria, se están refiriendo a la defensa de su casa, de su familia y de las otras familias contra la invasión del enemigo, contra las bombas y contra los gases. El capitalista y su periodista entienden por defensa de la patria la conquista de colonias y de mercados y la extensión, por el saqueo, de la parte « nacional » en los beneficios mundiales. El patriotismo y el pacifismo burgués son completas mentiras. En el pacifismo, lo mismo que en el patriotismo de los oprimidos, hay elementos que reflejan, de una parte, el odio contra la guerra destructora y, de otra parte, su apego a lo que ellos

Es necesario utilizar estos elementos para extraer las conclusiones revolucionarias adecuadas. Es necesario saber oponer hostilmente estas dos formas de pacifismo y patriotismo.

Partiendo de estas consideraciones, la Cuarta Internacional apoya toda reivindicación, aun insuficiente, si es capaz de llevar a las masas, aunque sea en un grado débil, a una política más activa, a despertar su crítica y a reforzar su control sobre las maquinaciones de la burguesía.

Desde este punto de vista, nuestra sección norteamericana sostiene, criticándola, la propuesta de la institución de un referendun sobre la cuestión de la declaración de guerra. Ninguna reforma democrática puede por sí misma impedir a los dirigentes provocar la guerra cuando ellos quieran. Es necesario hacer abiertamente esta advertencia. Pero cualesquiera que sean las ilusiones de las masas respecto al referendun, esta reivindicación refleja la desconfianza de los obreros y los campesinos por el gobierno y el parlamento de la burguesía. Sin sostener ni desarrollar las ilusiones de las masas, es necesario apoyar con todas las fuerzas la desconfianza progresiva de los oprimidos hacia los opresores. Mientras crezca el movimiento por el referendun, antes los pacifistas burgueses se aislarán, más se desacreditarán los traidores de la Internacional « Comunista » y más viva se hará la desconfianza de los trabajadores hacia los imperialistas.

Desde este punto de vista debe ser sostenida, de ahora en adelante, la reivindicación del derecho de voto a los 18 años para los hombres y mujeres. Aquél que mañana será llamado a morir por la « patria » debe tener el derecho de hacer oír su voz ahora. La lucha contra la guerra debe consistir, ante todo, en la **MOVILIZACIÓN REVOLUCIONARIA DE LA JUVENTUD.**

Es necesario iluminar completamente el problema de la guerra en todos sus aspectos, principalmente en aquél bajo el cual se presenta a las masas en un momento dado.

La guerra es una gigantesca empresa comercial, sobre todo para la industria de guerra. Por eso, las « 200 familias » son los primeros patriotas y los principales provocadores de la guerra. El control obrero sobre la industria de guerra es el primer paso en la lucha contra los fabricantes de la guerra.

La consigna de los reformistas : « impuesto sobre los beneficios de la industria de guerra », nosotros oponemos la consigna de : **CONFISCACION DE LAS GANANCIAS Y EXPROPIACION DE LAS EMPRESAS QUE TRABAJAN PARA LA GUERRA.** Donde la industria de guerra está « nacionalizada », como en Francia, la consigna del control obrero conserva todo su valor : el proletariado tiene hacia el estado burgués la misma desconfianza que hacia el burgués individual.

¡ Ni un hombre, ni un céntimo para el gobierno burgués !

¡ Nada de programas de armamentos sino un programa de trabajos de utilidad pública !

¡ Completa independencia de las organizaciones obreras del control militar policíaco !

Es necesario avanzar de una vez por todas el destino de los pueblos de las manos de las camarillas imperialistas ávidas y despiadadas que conspiran a sus espaldas. De acuerdo con esto reivindicamos :

Abolición completa de la diplomacia secreta ; todos los tratados y acuerdos deben ser accesibles a cada obrero y campesino.

Instrucción militar y armamento de los obreros y campesinos bajo el control inmediato de comités obreros y campesinos.

Creación de escuelas militares para la formación de oficiales salidos de las filas de los trabajadores y escogidos por las organizaciones obreras.

Sustitución del ejército permanente, es decir del cuartel, por una milicia popular en ligazón indisoluble con las fábricas, las minas y los campos.

La guerra imperialista es la continuación y la exacerbación de la política de saqueo de la burguesía. La lucha del proletariado contra la guerra imperialista es la continuación y la exacerbación de su lucha de clase. El comienzo de la guerra cambia la situación y parcialmente los procedimientos de la lucha de clases, pero no cambia ni los objetivos ni la dirección fundamental de la misma.

La burguesía imperialista domina el mundo. Por eso, fundamentalmente, la próxima guerra, será una guerra imperialista. El contenido fundamental de la política del proletariado internacional será, por tanto, la lucha contra el imperialismo y su guerra. El principio fundamental de esta lucha será : « El enemigo principal está en nuestro propio país », o « La derrota de nuestro propio gobierno (imperialista) es el mal menor ».

Pero todos los países del mundo no son países imperialistas. Al contrario, la mayoría de los países son las víctimas del imperialismo. Algunos países coloniales y semicoloniales intentarán, sin duda, utilizar la guerra para sacudirse el yugo de la esclavitud. Por su parte, la guerra no será imperialista sino emancipadora. El deber del proletariado internacional será el de ayudar a los países oprimidos en guerra contra los opresores. Este mismo deber se extiende también a la URSS y a cualquier otro Estado obrero que pueda surgir antes de la guerra o durante la guerra. La derrota de todo gobierno imperialista en la lucha contra un Estado obrero o país colonial es el mal menor.

Los obreros de un país imperialista no pueden ayudar a un país antiimperialista por intermedio de su gobierno, cualesquiera que sean, en un momento dado, las relaciones diplomáticas entre los dos países. Si los gobiernos se encuentran en alianza temporal, que por su propia naturaleza debe ser ambigua, el proletariado del país imperialista debe permanecer en su posición de clase frente a su gobierno y aportar el apoyo a su « aliado » no imperialista por sus métodos, es decir, por los métodos de la lucha de clases internacional (agitación en favor del Estado obrero y del país colonial, no solamente contra sus enemigos sino también contra sus aliados pérfidos; boicot y huelga en ciertos casos, renuncia al boicot y la huelga en otros, etc.).

Sin dejar de apoyar al país colonial y a la URSS en la guerra, el proletariado no se solidariza, en ninguna forma, con el gobierno burgués del país colonial ni con la burocracia termidoriana de la URSS. Al contrario, mantiene su completa independencia política tanto frente a uno como a la otra. Ayudando una guerra justa y progresiva, el proletariado revolucionario conquista las simpatías de los trabajadores de las colonias y de la URSS, fortalece así la autoridad e influencia de la Cuarta Internacional y puede ayudar mejor, por lo tanto, a la caída del gobierno burgués en el país colonial y de la burocracia reaccionaria en la URSS.

Al comienzo de la guerra las secciones de la Cuarta Internacional se sentirán inevitablemente aisladas: cada guerra coge de improviso a las masas populares y las empuja del lado del aparato gubernamental. Los internacionalistas deberán marchar contra corrientes. No obstante, las devastaciones y los males de la nueva guerra, que desde los primeros meses dejarán muy atrás los sangrientos horrores de 1914-18, desilusionarán pronto a las masas. Su descontento y su rebelión crecerán por saltos. Las secciones de la Cuarta Internacional se encontrarán a la cabeza del flujo revolucionario. El programa de reivindicaciones transitorias adquirirá una ardiente actualidad. El problema de la conquista del poder por el proletariado se planteará con toda su amplitud.

Antes de agotar o de ahogar en sangre a la humanidad, el capitalismo envenena la atmósfera mundial con los vapores mortales del odio nacional y racial. El antisemitismo es ahora una de las convulsiones más malvadas de la agonía capitalista.

La propaganda tenaz contra los prejuicios de raza y contra todas las formas y matices de la arrogancia nacional, del chovinismo, en particular del antisemitismo, debe entrar en el trabajo cotidiano de todas las secciones de la Cuarta Internacional como el principal trabajo de educación en la lucha contra el imperialismo y la guerra. Nuestra consigna fundamental sigue siendo: ¡ Proletarios de todos los países, uníos !

XIII. EL GOBIERNO OBRERO Y CAMPESINO

La fórmula de « gobierno obrero y campesino » aparecida por primera vez en 1917 en la agitación de los bolcheviques, fue definitivamente admitida después de la insurrección de Octubre. No representaba en este caso más que una denominación popular de la dictadura del proletariado, ya establecida. La importancia de esta denominación consiste sobre todo en que ponía en el primer plano la idea de la ALIANZA DEL PROLETARIADO Y DEL CAMPESINADO, situada en la base del poder soviético.

Cuando la Internacional Comunista de los epígonos trató de hacer revivir la fórmula de « dictadura democrática de los obreros y de los campesinos », enterada por la historia, dió a la fórmula de « gobierno obrero y campesino » un contenido completamente diferente, puramente « democrático », es decir, burgués, oponiéndola a la dictadura del proletariado. Los Bolcheviques Leninistas rechazaron resueltamente la consigna de « gobierno obrero y campesino » en su interpretación democrático-burguesa. Afirman entonces y afirman ahora que cuando el partido del proletariado renuncia a salirse del marco de la democracia burguesa, su alianza con la clase media no es otra cosa que un apoyo al capital, como ocurrió con los mencheviques, los socialistas revolucionarios en 1917, como ocurrió con el partido comunista chino en 1925-27, y como pasa ahora con los « frentes populares » de España, de Francia y de otros países.

En abril-septiembre de 1917 los bolcheviques exigían que los socialistas revolucionarios y los mencheviques rompieran su ligazón con la burguesía liberal y tomaran el poder en sus propias manos. Con esta condición los bolcheviques prometían a los mencheviques y los socialistas revolucionarios, representantes pequeño-burgueses de obreros y de campesinos, su ayuda revolucionaria contra la burguesía renunciando, no obstante, categóricamente a entrar en el gobierno y a tomar ninguna responsabilidad política por ellos. Si los mencheviques y socialistas revolucionarios hubieran roto realmente con los cadetes (liberales) y con el imperialismo extranjero, el « gobierno obrero y campesino » creado por ellos no hubiera hecho más que acelerar y facilitar la instauración de la dictadura del proletariado. Pero precisamente por eso, la dirección de la democracia pequeño-burguesa se opuso con todas sus fuerzas a la instauración de su propio poder. La experiencia de Rusia demuestra y la experiencia de España y de Francia confirman de nuevo, que aun en las condiciones más favorables los partidos de la democracia pequeño-burguesa (socialistas revolucionarios, social-demócratas, estalinistas, anarquistas) son incapaces de crear un gobierno obrero y campesino, es decir, un gobierno independiente de la burguesía.

No obstante, la reivindicación de los bolcheviques dirigida a los mencheviques y los socialistas revolucionarios: « ! Romped con la burguesía, tomad en vuestras manos el poder ! » tiene para las masas un enorme valor educativo. La negativa obstinada de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios a tomar el poder, que apareció tan trágicamente en las Jornadas de Julio, los perdió definitivamente en el espíritu del pueblo y preparó la victoria de los bolcheviques.

La tarea central de la Cuarta Internacional consiste en liberar al proletariado de la vieja dirección, cuyo espíritu conservador está en completa contradicción con la situación catastrófica del capitalismo en su decadencia y es el principal freno del progreso histórico. La acusación capital que la Cuarta Internacional lanza

contra las organizaciones tradicionales del proletariado es que se niegan a separarse del semicadáver político de la burguesía.

En estas condiciones la reivindicación dirigida sistemáticamente a la vieja dirección : « ! Romped con la burguesía, tomad el poder ! » es un instrumento extremadamente importante para desvelar el carácter traidor de los partidos y organizaciones de la Segunda y Tercera Internacional, y también de la Internacional de Amsterdam.

La consigna de « gobierno obrero y campesino » es empleada por nosotros únicamente en el sentido que tenía en 1917 en boca de los bolcheviques, es decir, como una consigna anti-burguesa y anti-capitalista, pero en ningún caso en el sentido « democrático » que posteriormente le han dado los epígonos, haciendo de ella, de un puente hacia la revolución socialista, la principal barrera en su camino.

Nosotros exigimos de todos los partidos y organizaciones que se apoyan en los obreros y campesinos que rompan políticamente con la burguesía y tomen el camino de la lucha por el poder obrero y campesino. En este camino les prometemos un completo apoyo contra la reacción capitalista. Al mismo tiempo desarrollamos una agitación incansable alrededor de las reivindicaciones de transición que deben constituir, en nuestra opinión, el programa del « gobierno obrero y campesino ».

Es posible la creación de este gobierno por las organizaciones obreras tradicionales ? La experiencia del pasado demuestra, como ya hemos dicho, que esto es, por lo menos, poco probable. No obstante, no es posible negar categóricamente « a priori » la posibilidad teórica de que bajo la influencia de una combinación muy excepcional de circunstancias (guerra, derrota, crack financiero, ofensiva revolucionaria de las masas, etc.) los partidos pequeño-burgueses, sin exceptuar a los estalinistas, puedan llegar más lejos de lo que ellos quisieran en el camino de una ruptura con la burguesía. En cualquier caso una cosa está fuera de duda : aun en el caso de que esa variante poco probable llegara a realizarse en alguna parte y un « gobierno obrero y campesino » — en el sentido indicado más arriba — llegara a constituirse, no representaría más que un corto episodio en el camino de la verdadera dictadura del proletariado.

Pero es inútil perderse en conjeturas. La agitación bajo la consigna de gobierno obrero y campesino tiene en todos los casos un enorme valor educativo. Y no es por azar : esta consigna completamente general sigue la línea del desarrollo político de nuestra época (bancarrotas y disgregación de los viejos partidos burgueses, quiebra de la democracia, auge del fascismo, aspiración creciente de los trabajadores a una política más activa y más ofensiva). Por eso, cada una de nuestras reivindicaciones transitorias debe conducir a una sola y misma conclusión política : los obreros deben romper con todos los partidos tradicionales de la burguesía para establecer en común con los campesinos su propio poder.

Es imposible prever cuáles serán las etapas concretas de la movilización revolucionaria de las masas. Las secciones de la Cuarta Internacional deben orientarse en forma crítica a cada nueva etapa y lanzar las consignas que apoyen las tendencias de los obreros a una política independiente, profundicen el carácter de clase de esta política, destruyan las ilusiones reformistas y pacifistas, refuer-

cen la ligazón de la vanguardia con las masas y preparen la toma revolucionaria del poder.

XIV. LOS SOVIETS

Los comités de fábrica son, como se ha dicho, un elemento de la dualidad del poder en las fábricas. Por eso su existencia sólo es posible bajo las condiciones de una creciente presión de las masas. Esto también es cierto para las agrupaciones de masas para la lucha contra la guerra, para los comités de control de precios y para los otros nuevos centros de movimiento cuya aparición testimonia, por sí misma, que la lucha de clases ha rebasado el cuadro de las organizaciones tradicionales del proletariado.

No obstante, estos nuevos organismos y centros sentirán pronto su falta de cohesión y su insuficiencia. Ninguna de las reivindicaciones transitorias puede ser completamente realizada mientras se mantenga el régimen burgués. Además, la agudización de la crisis social aumentará no solamente el sufrimiento de las masas sino también su impaciencia, su firmeza y su espíritu de ofensiva. Capas siempre nuevas de oprimidos levantarán la cabeza y lanzarán sus reivindicaciones. Millones de necesitados en los que los jefes reformistas nunca pensaron comenzarán a golpear a las puertas de las organizaciones obreras. Los parados entrarán en el movimiento. Los obreros agrícolas, los campesinos aruinados o semiaruinados, las capas inferiores de la ciudad, las trabajadoras, las empleadas del servicio doméstico, las capas proletarizadas de la intelectualidad, todos buscarán un reagrupamiento y una dirección.

Como armonizar las diversas reivindicaciones y formas de lucha aunque sólo sea en los límites de una ciudad? La historia ya ha respondido a este problema: por medio de los soviets que reúnen a los representantes de todos los grupos en lucha. Nadie ha propuesto hasta ahora ninguna otra forma de organización y es dudoso que se pueda inventar otra. Los soviets no están ligados a ningún programa a priori. Abren sus puertas a todos los explotados. Por esta puerta pasan los representantes de las capas que son arrastradas por el torrente general de la lucha. La organización se extiende con todo el movimiento y se renueva constante y profundamente. Todas las tendencias políticas del proletariado pueden luchar por la dirección del soviets sobre la base de la más amplia democracia. Por todas estas razones, la consigna de los soviets es la culminación del programa de reivindicaciones transitorias.

Los soviets no pueden nacer más que allí donde el movimiento de las masas entra en una etapa abiertamente revolucionaria. En tanto que eje alrededor del cual se unifican decenas de millones de trabajadores, los soviets, desde el momento de su aparición, se constituyen en rivales y adversarios de las autoridades locales e, inmediatamente, del mismo gobierno central. Si el comité de fábrica crea los elementos de la dualidad del poder en la fábrica, los soviets abren un periodo de dualidad del poder en el país.

La dualidad de poder es a su vez el punto culminante del periodo de transición. Dos regímenes, el burgués y el proletario, se oponen hostilmente uno a otro. El choque entre ambos es inevitable. Del resultado de éste depende la suerte de la

sociedad. En caso de derrota de la revolución, dictadura fascista de la burguesía. En caso de victoria, el poder de los soviets, es decir, la dictadura del proletariado y la reconstrucción socialista de la sociedad.

XV. LOS PAISES ATRASADOS Y EL PROGRAMA DE REIVINDICACIONES TRANSITORIAS

Los países coloniales y semicoloniales son por su misma naturaleza países atrasados. Pero estos países atrasados viven en las condiciones de la dominación mundial del imperialismo. Por eso su desarrollo tiene un carácter combinado; reúnen al mismo tiempo las formas económicas más primitivas y la última palabra de la técnica y de la civilización capitalistas. Esto es lo que determina la política del proletariado de los países atrasados: está obligado a combinar la lucha por las tareas más elementales de la independencia nacional y la democracia burguesa con la lucha socialista contra el imperialismo mundial. Las reivindicaciones democráticas, las reivindicaciones transitorias y las tareas de la revolución socialista no están separadas en la lucha por etapas históricas sino que surgen inmediatamente las unas de las otras. Habiendo apenas comenzado a edificar sindicatos el proletariado chino se vio obligado ya a pensar en los soviets. En este sentido, el presente programa es plenamente aplicable a los países coloniales y semicoloniales, al menos, en aquellos en que el proletariado es ya capaz de tener una política independiente.

Los problemas centrales de los países coloniales y semicoloniales son: la REVOLUCION AGRARIA, es decir, la liquidación de la herencia feudal, y la INDEPENDENCIA NACIONAL, es decir, la expulsión del yugo imperialista. Estas dos tareas están estrechamente ligadas la una a la otra.

Es imposible rechazar pura y simplemente el programa democrático; es necesario que las masas por sí mismas sobrepasen este programa en la lucha. La consigna de la ASAMBLEA NACIONAL (o Constituyente) conserva todo su valor en países como la China o la India. Es necesario ligar indisolublemente esta consigna a las tareas de la emancipación nacional y de la reforma agraria. Es necesario ante todo armar a los obreros con este programa democrático. Sólo ellos pueden levantar y unir a los campesinos. Sobre la base del programa democrático-revolucionario es necesario oponer los obreros a la burguesía «nacional». En una cierta etapa de la movilización de las masas bajo las consignas de la democracia revolucionaria, los soviets pueden y deben surgir. Su papel histórico en cada período dado, en particular su relación con la Asamblea Nacional, está determinado por el nivel político del proletariado, por la ligazón entre éste y la clase campesina, por el carácter de la política del partido proletario. Tarde o temprano los soviets deben derribar a la democracia burguesa. Sólo ellos son capaces de llevar hasta el final la revolución democrática y abrir así la era de la revolución socialista.

El peso específico de las diversas reivindicaciones democráticas y transitorias en la lucha del proletariado, su ligazón recíproca, su orden de sucesión, están determinados por las particularidades y condiciones propias de cada país atrasado y, en una parte considerable, por su grado de atraso. No obstante, la dirección general del desarrollo revolucionario puede ser determinada por la fórmula de la REVOLUCION PERMANENTE en el sentido que definitivamente ha dado a esta fórmula las tres revoluciones de Rusia (1905, febrero de 1917 y octubre de 1917).

La Internacional « Comunista » ha dado a los países atrasados el ejemplo clásico de la manera como se puede causar la ruina de una revolución llena de fuerza y de promesas. Cuando el impetuoso auge del movimiento de masas en China en 1925-1927, la I.C. no lanzó la consigna de la Asamblea Nacional y al mismo tiempo prohibió la formación de soviets. El partido burgués del Kuomintang debía, según el plan de Stalin, « reemplazar » a la vez a la Asamblea Nacional y a los Soviets. Después de la masacre de las masas por el Kuomintang, la I.C. organizó una caricatura de soviets en Cantón. Después del desastre inevitable de la insurrección de Cantón, la I.C. tomó el camino de la guerra de guerrillas y los soviets campesinos, con la completa pasividad del proletariado industrial. Conducida por este camino a un callejón sin salida, la I.C. aprovechó la guerra chino-japonesa para liquidar de un plumazo la « China Soviética » subordinando no solamente el « Ejército Rojo » campesino, sino también el llamado Partido Comunista al Kuomintang mismo, es decir, a la burguesía.

Después de haber traicionado a la revolución proletaria internacional en nombre de la amistad con los esclavistas democráticos, el Komintern no podía dejar de traicionar igualmente la lucha emancipadora de los pueblos coloniales con un cinismo mucho mayor que con el que lo hiciera antes la II Internacional. La política de los « Frentes Populares » y de la « Defensa Nacional » tiene como uno de sus objetivos hacer con las centenas de millones de hombres de la población colonial, carne de cañón para el imperialismo « democrático ». La bandera de la lucha de la emancipación de los pueblos coloniales y semicoloniales, es decir, de más de la mitad de la humanidad, pasa definitivamente a manos de la Cuarta Internacional.

XVI. EL PROGRAMA DE REIVINDICACIONES TRANSITORIAS EN LOS PAISES FASCISTAS

Ha pasado bastante tiempo desde que los estrategas de la I.C. proclamaron que la victoria de Hitler no era más que un paso hacia la victoria de Thaelmann. Más de 5 años lleva Thaelmann en las prisiones de Hitler. Mussolini mantiene a Italia bajo el fascismo desde hace más de 16 años. Durante todos estos años los partidos de la Segunda y Tercera Internacional se han mostrado impotentes no solamente para provocar un movimiento de masas sino también para crear una organización ilegal seria que pueda compararse, aunque sólo sea en cierta medida, a los partidos revolucionarios rusos de la época del zarismo.

No hay ninguna razón para ver las causas de estos fracasos en la potencia de la ideología fascista. Mussolini no tuvo jamás ideología alguna y la ideología de Hitler nunca ha sido tomada en serio por los obreros. Las capas de la población a las que el fascismo, en un momento dado, había seducido, es decir, las clases medias sobre todo, han tenido tiempo de desilusionarse. El hecho de que la pequeña oposición existente se limite a los medios clericales protestantes y católicos no se explica por la potencia de las teorías semidelirantes, semicharlatanescas de la « raza » y de la « sangre », sino por la quiebra estrepitosa de las ideologías de la democracia, de la social-democracia y del Komintern.

Después del hundimiento de la Comuna de París, una reacción aplastante se prolongó cerca de 8 años. Después de la derrota de la revolución rusa de 1905,

las masas obreras quedaron abatidas por casi el mismo tiempo. No obstante, en los dos casos se trató sólo de derrotas físicas determinadas por la correlación de fuerzas. En Rusia se trataba por otra parte de un proletariado casi virgen. La fracción de los bolcheviques no contaba entonces más de tres años. La situación era completamente diferente en Alemania donde la dirección pertenecía a poderosos partidos de los cuales uno tenía 70 años de existencia y el otro cerca de 15. Estos dos partidos que tenían millones de electores se encontraron moralmente paralizados ante la lucha y se rindieron sin combate. No ha habido jamás catástrofe parecida en la historia. El proletariado alemán no ha sido batido por el enemigo en un combate; ha sido destruido por la cobardía, la abyección, la traición de sus propios partidos. Nada de extraño tiene que haya perdido la fe en todo lo que estaba habituado a creer desde hace casi tres generaciones. La victoria de Hitler a su vez ha reforzado a Mussolini.

La falta de éxito real del trabajo revolucionario en Italia y en Alemania no tiene otra razón que la política criminal de la social-democracia y del Komintern. Para realizar un trabajo ilegal es necesario no sólo la simpatía de las masas, sino también el entusiasmo consciente de las capas más avanzadas. Pero, puede esperarse el entusiasmo en organizaciones que históricamente están en quiebra? Los jefes emigrados son sobre todo agentes del Kremlin o de la GPU desmoralizados hasta la médula de los huesos, o antiguos ministros social-demócratas de la burguesía que esperan que por milagro los obreros les devolverán sus puestos perdidos. Es posible imaginar, aunque sólo sea por un momento, a estos señores en el papel de futuros líderes de la revolución « antifascista »?

Los acontecimientos sobre la arena mundial tampoco han favorecido una acción revolucionaria en Italia y Alemania: aplastamiento de los obreros austriacos, derrota de la revolución española, degeneración del Estado soviético. En la medida que los obreros italianos y alemanes dependen de la radio para su información política, se puede decir con seguridad que las emisiones de Moscú, que combinan la mentira terridiana con la estupidez y la impotencia, constituye un poderoso factor de desmoralización para los obreros de los países totalitarios. En este aspecto como en otros Stalin no es más que un auxiliar de Goebbels.

No obstante, los antagonismos de clase que han conducido a la victoria del fascismo continúan su trabajo aun bajo su dominación y lo roen poco a poco. El descontento de las masas crece. Centenares de miles de obreros abnegados continúan, a pesar de todo, un trabajo prudente de topo revolucionario. Jóvenes generaciones que no han sufrido directamente el hundimiento de las grandes tradiciones y de las grandes esperanzas, se levantan. La preparación molecular de la revolución está en marcha bajo la pesada losa del régimen totalitario. Pero para que la energía escondida se transforme en movimiento es necesario que la vanguardia del proletariado haya encontrado una nueva perspectiva, un nuevo programa, una nueva bandera sin tacha.

Es ésta la principal dificultad. Es extremadamente difícil para los obreros de los países fascistas orientarse entre los nuevos programas. La verificación de un programa se hace por la experiencia. Y es precisamente la experiencia del movimiento de masas lo que falta en países de despotismo totalitario. Es muy posible que sea necesario dar un gran éxito del proletariado en uno de los países « democráticos » para dar un impulso al movimiento revolucionario en los países dominados por el fascismo. Una catástrofe financiera o militar puede tener el mismo

efecto. Es necesario realizar actualmente un trabajo preparatorio, sobre todo de propaganda, que no dará frutos abundantes sino en el porvenir.

Desde ahora se puede afirmar con plena certeza: una vez que haya alumbrado el buen día, el movimiento revolucionario en los países fascistas tomará de golpe una extensión grandiosa y no se detendrá para resucitar cadáveres como el de Weimar.

Sobre este punto comienza la divergencia irreductible entre la Cuarta Internacional y los viejos partidos que sobreviven físicamente a su bancarrota. El « Frente Popular » en la emigración es una de las variedades más nefastas y más traidoras de todos los Frentes Populares posibles. Significa en el fondo la nostalgia impotente de una coalición con una burguesía liberal inexistente. Si tuviera algún éxito, no haría más que preparar una serie de nuevas derrotas del proletariado a la manera española. Por esta razón, la propaganda despiadada contra la teoría y la práctica del Frente Popular es la primera condición de la lucha revolucionaria contra el fascismo.

Esto no significa evidentemente que la Cuarta Internacional rechace las consignas democráticas. Al contrario, pueden jugar en un cierto momento un papel enorme. Pero las fórmulas de la democracia (libertad de asociación, de prensa, etc.) no son para nosotros más que consignas pasajeras o episódicas en el movimiento independiente del proletariado y no un nudo corredizo democrático pasado al cuello del proletariado por los agentes de la burguesía (! España !). En cuanto el movimiento tome un cierto carácter de masas, las consignas democráticas se entrelazarán con las consignas de transición; los Comités de fábrica surgirán, hay que tenerlo siempre presente, antes que los viejos bonzos se pongan desde sus oficinas a organizar sindicatos; los Soviets cubrirán a Alemania antes que se haya reunido en Weimar una nueva Asamblea Constituyente. Lo mismo ocurrirá en Italia y en los otros países totalitarios y semitotalitarios.

El fascismo ha arrojado a estos países en la barbarie política. El fascismo es un instrumento del capital financiero y no de la propiedad agraria. El programa revolucionario debe apoyarse sobre la dialéctica de la lucha de clases, que vale también para los países fascistas, y no sobre la psicología de fracasados aterrizados. La Cuarta Internacional rechaza con asco los métodos de mascarada política a los que han recurrido los estalinistas, viejos héroes del « tercer periodo » presentándose, sucesivamente con la máscara de católicos, de protestantes, de judíos, de nacionalistas alemanes, de liberales, etc., con el único objeto de ocultar su poco graduable fisonomía. La Cuarta Internacional aparece siempre y en todas partes bajo su propia bandera. Propone abiertamente su programa al proletariado de los países fascistas, y desde ahora los obreros avanzados del mundo entero están firmemente convencidos que el derrocamiento de Mussolini, Hitler y de sus agentes e imitadores, se producirá bajo la dirección de la Cuarta Internacional.

XVII. LA SITUACION DE LA URSS Y LAS TAREAS DE LA EPOCA DE TRANSICION

La Unión Soviética ha salido de la Revolución de Octubre como un Estado Obrero. La estatización de los medios de producción, condición necesaria del desarrollo socialista, ha abierto la posibilidad de un crecimiento rápido de las

fuerzas productivas. El aparato del Estado Obrero sufrió mientras tanto una degeneración completa, transformándose de instrumento de la clase obrera, en instrumento de la violencia burocrática contra la clase obrera y, progresivamente, en instrumento de sabotaje de la economía. La burocratización de un Estado Obrero, atrasado y aislado, y la transformación de la burocracia en casta privilegiada omnipotente, es la refutación más convincente — no solamente teórica, sino también práctica — de la teoría del socialismo en un solo país.

Así, el régimen de la URSS encierra contradicciones amenazadoras. Pero sigue siendo un régimen de ESTADO OBRERO DEGENERADO. Tal es el diagnóstico social.

El pronóstico político tiene un carácter alternativo : o la burocracia — transformándose cada vez más en el órgano de la burguesía mundial dentro del Estado Obrero — derriba las nuevas formas de propiedad y hace volver al país al capitalismo ; o la clase obrera aplasta a la burocracia y abre el camino hacia el socialismo.

Para las secciones de la Cuarta Internacional los procesos de Moscú no son una sorpresa ni el resultado de la demencia personal del dictador del Kremlin, sino los productos legítimos del Terremoto. Han nacido de fricciones intolerables que existen en el interior de la burocracia soviética, fricciones que a su vez reflejan las contradicciones entre la burocracia y el pueblo y también los antagonismos que se profundizan en el seno del mismo « pueblo ». La naturaleza sangrienta y fantástica de los juicios dan el grado de intensidad de esas contradicciones y predicen la proximidad del desenlace.

Las declaraciones públicas de antiguos agentes del Kremlin en el extranjero que se han negado a regresar a Moscú han confirmado irrefutablemente, por su parte, que en el seno de la burocracia existen todos los matices del pensamiento político : desde el verdadero bolchevismo (I. Reiss) hasta el fascismo acabado (Th. Butenko). Los elementos revolucionarios de la burocracia, que constituyen una infima minoría, reflejan, pasivamente, es cierto, los intereses socialistas del proletariado. Los elementos fascistas contrarrevolucionarios, cuyo número aumenta sin cesar, expresan en forma cada vez más consecuente los intereses del imperialismo mundial. Estos candidatos al papel de « compradores » piensan, no sin razón, que la nueva capa dirigente no puede asegurar su posición privilegiada sin renunciar a la nacionalización, a la colectivización y al monopolio del comercio exterior en nombre de la asimilación de la « civilización occidental », es decir, del capitalismo. Entre estos dos polos se reparten las tendencias intermedias, más o menos vagas, de carácter menchevique, socialista revolucionario o liberal, que gravitan en torno a la democracia burguesa.

En la llamada sociedad « sin clases » existen sin ninguna duda los mismos agrupamientos que en la burocracia, pero con una expresión menos clara y en proporción inversa : las tendencias capitalistas conscientes — propias especialmente de las capas más prósperas de los koljoses — sólo afectan a una infima minoría de la población. Pero, encuentran una amplia base en las tendencias pequeño-burguesas a la acumulación privada que nacen de la miseria general y que la burocracia alienta conscientemente.

Sobre este sistema de antagonismos crecientes que destruyen cada vez más el

equilibrio social, se mantiene, por métodos de terror, una oligarquía termidoriana que por ahora se reduce, sobre todo, a la camarilla bonapartista de Stalin.

Los últimos procesos han sido un golpe contra la izquierda. Esto es cierto también respecto a la represión contra los jefes de la oposición de derecha, porque desde el punto de vista de los intereses y de las tendencias de la burocracia, el grupo de derecha del viejo partido bolchevique representa un peligro de izquierda. El hecho de que la camarilla bonapartista, temerosa también de sus aliados de derecha como Butenko, se haya visto obligada, para asegurar su mantenimiento, a recurrir a la exterminación casi general de la vieja generación de bolcheviques, es la prueba indiscutible de la vitalidad de las tradiciones revolucionarias en las masas y del descontento creciente de las mismas.

Los demócratas pequeño-burgueses de Occidente, que aceptaban todavía ayer los procesos de Moscú como moneda de buena ley, repiten ahora con insistencia que « en la URSS no hay trotskismo ni trotskistas ». Pero no explican por qué toda la depuración se hace bajo el signo de la lucha contra ese peligro. Si se toma el « trotskismo » como un programa acabado y con más razón como una organización, el « trotskismo » es sin duda en la URSS extremadamente débil. No obstante, su fuerza invencible reside en ser la representación no solamente de la tradición revolucionaria sino también de la oposición actual de la clase obrera rusa. El odio social de los obreros por la burocracia es precisamente lo que a los ojos de la camarilla estalinista es el trotskismo. Teme mortalmente, y con mucha razón, la vinculación de la sorda indignación de los trabajadores con la organización de la Cuarta Internacional.

La exterminación de la vieja generación de bolcheviques y de representantes revolucionarios de la generación media y joven ha destruido aún más el equilibrio político en favor del ala derecha, burguesa, de la burocracia en todo el país. De ahí, es decir, de la derecha, puede esperarse en el próximo período tentativas cada vez más resueltas de reconstruir el régimen social de la URSS aproximándolo a la « civilización occidental », ante todo en su forma fascista.

Esta perspectiva da un carácter muy concreto a la cuestión de la « defensa de la URSS ». Si mañana el grupo burgués fascista o, por así decirlo, la « fracción Butenko » entra en lucha por la conquista del poder, la « fracción Reiss » tomará inevitablemente su lugar del otro lado de la barricada. Siendo momentáneamente la aliada de Stalin ésta última defenderá no a la camarilla bonapartista, sino la base social de la URSS, es decir, la propiedad arrancada a los capitalistas y transformada en propiedad del Estado. Si la « fracción Butenko » se encuentra en alianza militar con Hitler, la « fracción Heiss » defenderá a la URSS contra la intervención militar, tanto en el interior de la URSS como sobre la arena mundial. Cualquier otra conducta sería una traición.

No es posible negar por adelantado la posibilidad, en casos estrictamente determinados, de un « frente único » con la parte termidoriana de la burocracia contra la ofensiva abierta de la contrarrevolución capitalista, pero la tarea política principal en la URSS sigue siendo, a pesar de todo, el DERROCAMIENTO DE LA BUROCRACIA TERMIDORIANA. Cada día añadido a su dominación contribuye a socavar los cimientos de los elementos socialistas de la economía y a aumentar las posibilidades de la restauración capitalista. En el mismo sentido actúa también la Internacional « Comunista », agente y cómplice

de la camarilla estalinista en el estrangulamiento de la revolución española y la desmoralización del proletariado internacional.

Al igual que en los países fascistas, la principal fuerza de la burocracia no está en ella misma, sino en el desaliento de las masas, en la falta de una perspectiva nueva. Al igual que en los países fascistas, de los cuales el aparato político de Stalin difiere sólo en ser de una crudeza más desenfrenada, sólo un trabajo preparatorio de propaganda es actualmente posible en URSS. Al igual que en los países fascistas, el impulso al movimiento revolucionario de los obreros soviéticos será dado, muy probablemente, por acontecimientos exteriores. La lucha contra el Komintern sobre la arena mundial es actualmente la parte más importante de la lucha contra la dictadura estalinista. Muchos indicios permiten creer que la disgregación del Komintern, que no tiene apoyo directo en la GPU, precederá a la caída de la camarilla bonapartista y de toda la burocracia terrordiana en general.

El nuevo auge de la revolución en la URSS comenzará sin ninguna duda bajo la bandera de la lucha contra la DESIGUALDAD SOCIAL y la OPRESION POLITICA. ! Abajo los privilegios de la burocracia ! ! Abajo el stajanovismo ! ! Abajo la aristocracia soviética con sus grados y condecoraciones ! ! Más igualdad en el salario de todas las formas de trabajo !

La lucha por la libertad de los sindicatos y los comités de fábrica, por la libertad de reunión y de prensa, se desarrollará en lucha por el renacimiento y regeneración de la DEMOCRACIA SOVIETICA.

La burocracia ha reemplazado a los soviets, en sus funciones de órganos de clase, por la ficción de sufragio universal, al estilo de Hitler y Goebbels. Es necesario devolver a los soviets no solamente su libre forma, democrática, sino también su contenido de clase. De la misma manera que antes la burguesía y los kulaks no eran admitidos en los soviets, ahora LA BUROCRACIA Y LA NUEVA ARISTOCRACIA DEBEN SER ARROJADAS DE LOS SOVIETS. En los soviets no hay lugar más que para los obreros, para los miembros de base de los koljoses, los campesinos y los soldados rojos.

La democratización de los soviets es inconcebible sin la LEGALIZACION DE LOS PARTIDOS SOVIETICOS. Los obreros y los campesinos, por sí mismos y por su libre sufragio, decidirán qué partidos serán considerados como partidos soviéticos.

! Revisión completa de la ECONOMIA PLANIFICADA en interés de los productores y consumidores ! Se debe devolver el derecho de control de la producción a los comités de fábrica. La cooperativa de consumo, democráticamente organizada, debe controlar la calidad de los productos y sus precios.

! Reorganización de los koljoses de acuerdo con la voluntad e interés de los trabajadores que los integran !

La política internacional conservadora de la burocracia debe ser reemplazada por la política del internacionalismo proletario. Toda la correspondencia diplomática del Kremlin debe ser publicada. ! ABAJO LA DIPLOMACIA SECRETA !

Todos los procesos políticos montados por la burocracia terrordiana deben ser revisados bajo una publicidad completa y un libre examen. Los organizadores de las falsificaciones deben sufrir el merecido castigo.

Es imposible realizar este programa sin el derrocamiento de la burocracia que se mantiene por la violencia y la falsificación. Sólo el levantamiento revolucionario victorioso de las masas oprimidas puede regenerar el régimen soviético y asegurar la marcha adelante hacia el socialismo. Sólo el partido de la Cuarta Internacional es capaz de dirigir a las masas soviéticas a la insurrección.

! Abajo la camarilla bonapartista del Cain Stalin !
! Viva la democracia soviética !
! Viva la revolución socialista internacional !

XVIII. CONTRA EL OPORTUNISMO Y EL REVISIONISMO SIN PRINCIPIOS

La política del partido de León Blum en Francia demuestra nuevamente que los reformistas son incapaces de aprender nada de las lecciones de la historia. La social-democracia francesa copia servilmente la política de la social-democracia alemana y marcha hacia la misma catástrofe. Durante decenas de años, la II Internacional ha crecido en el marco de la democracia burguesa, se ha transformado en una parte inseparable de ella y se ha podrido con ella.

La Tercera Internacional ha entrado en el camino del reformismo precisamente ahora que la crisis del capitalismo ha puesto definitivamente en el orden del día a la revolución proletaria. La política actual de la Tercera Internacional en España y en China, que consiste en arrastrarse ante la burguesía « nacional » y « democrática », revela que ésta tampoco es capaz de aprender nada, ni de transformarse. La burocracia, que en la URSS se ha convertido en una fuerza reaccionaria, no puede desempeñar un papel revolucionario en el orden internacional.

En su conjunto, el anarcosindicalismo ha experimentado una evolución del mismo género. En Francia la burocracia sindical de León Jouhaux desde hace mucho tiempo se ha convertido en una agencia de la burguesía en el seno de la clase obrera. En España el anarcosindicalismo se desprendió de su revolucionarismo de fachada, desde que apareció la revolución, y se convirtió en la quinta rueda del carro de la democracia burguesa.

Las organizaciones intermedias, centristas, que se agrupan en torno al Buró de Londres, no son más que apéndices « izquierdistas » de la social-democracia y del Komintern, poniendo en evidencia su absoluta incapacidad para orientarse en una situación histórica y deducir conclusiones revolucionarias. Su punto culminante fue alcanzado por el POUM español que frente a una situación revolucionaria resultó ser completamente incapaz de tener una política revolucionaria.

Las trágicas derrotas que el proletariado mundial viene sufriendo desde hace una larga serie de años han llevado a las organizaciones oficiales a un conservadurismo todavía más acentuado y, al mismo tiempo, a los « revolucionarios » pequeño-burgueses decepcionados a buscar « nuevos caminos ». Como siempre en las épocas de reacción y decadencia, por todas partes aparecen magos y charlatanes que quieren revisar todo el desarrollo del pensamiento revolucionario. En lugar de aprender del pasado, lo « rechazan ». Unos descubren la inconsistencia del marxismo, otros proclaman la quiebra del bolchevismo. Unos

atribuyen a la doctrina revolucionaria la responsabilidad de los crímenes y errores de quienes la traicionan. Otros maldicen la medicina porque no asegura una curación inmediata y milagrosa. Los más audaces prometen descubrir una panacea y entretanto recomiendan que se detenga la lucha de clases. Numerosos profetas de la nueva moral se disponen a regenerar al movimiento obrero con ayuda de una homeopatía ética. La mayoría de estos apóstoles se han convertido en inválidos morales sin haber estado jamás en el campo de batalla. Así, con el ropaje de revelaciones deslumbrantes no se ofrecen al proletariado más que viejas recetas enterradas desde hace mucho tiempo en los archivos del socialismo anterior a Marx.

La Cuarta Internacional declara una guerra implacable a las burocracias de la Segunda y Tercera Internacional, de la Internacional de Amsterdam y de la Internacional anarcosindicalista, lo mismo que a sus satélites centristas; al reformismo sin reformas, al democratismo aliado a la GPU, al pacifismo sin paz; al anarquismo al servicio de la burguesía, a los « revolucionarios » que tienen moralmente a la revolución. Todas estas organizaciones no son promesas del porvenir sino supervivencias podridas del pasado. La época de las guerras y de las revoluciones no dejará ni rastro de ellas.

La Cuarta Internacional no busca ni inventa ninguna panacea. Se mantiene enteramente en el terreno del marxismo, única doctrina revolucionaria que permite comprender la realidad, descubrir las causas de las derrotas y preparar conscientemente la victoria. La Cuarta Internacional continúa la tradición del bolchevismo que por su primera vez mostró al proletariado cómo conquistar el poder. La Cuarta Internacional desecha a los magos, charlatanes y profesores de moral. En una sociedad basada en la explotación, la moral suprema es la de la revolución socialista. Buenos son los métodos que elevan la conciencia de clase de los obreros, la confianza en sus fuerzas y su espíritu de sacrificio en la lucha. Inadmisibles son los métodos que inspiran el miedo y la docilidad de los oprimidos contra los opresores, que ahogan el espíritu de rebeldía y de protesta o que reemplazan la voluntad de las masas por la de los jefes, la persuasión por la coacción y el análisis de la realidad por la demagogia y la falsificación. Por estas razones, la social-democracia, que ha prostituido el marxismo tanto como el estalinismo — antítesis del bolchevismo — son los enemigos mortales de la revolución proletaria y de su moral.

Mirar la realidad cara a cara; no buscar la línea de la menor resistencia; llamar a las cosas por su nombre; decir la verdad a las masas por amarga que sea; no tener los obstáculos, ser fiel en las pequeñas y en las grandes cosas, ser audaz cuando llegue la hora de la acción, tales son las reglas de la Cuarta Internacional. Ha demostrado que sabe marchar contra corriente. La próxima ola histórica la llevará sobre su cresta.

XIX. CONTRA EL SECTARISMO

Bajo la influencia de la traición y de la degeneración de las organizaciones históricas del proletariado, en la periferia de la Cuarta Internacional, han nacido o han degenerado grupos y formaciones sectarias de diferentes géneros. En su base, estos núcleos se niegan a luchar por las reivindicaciones parciales y transitorias, es decir, se niegan a luchar por los intereses y las necesidades elementales.

de las masas, tal como ellas son. La preparación de la revolución significa para los sectarios convencerse a sí mismos de las ventajas del socialismo. Proponen volver la espalda a los « viejos » sindicatos, ésto es, a decenas de millones de obreros. ! Como si las masas pudieran vivir fuera de las condiciones reales de la lucha de clases ! Permanecen indiferentes ante la lucha que se desarrolla en el interior de las organizaciones reformistas. ! Como si fuera posible conquistar a las masas sin intervenir en esta lucha ! Se niegan a distinguir en la práctica entre democracia burguesa y el fascismo. ! Como si las masas no sintieran esa diferencia a cada paso !

Los sectarios sólo son capaces de distinguir dos colores : el blanco y el negro. Para no exponerse a la tentación, simplifican la realidad. Rehusan establecer diferencias entre los dos campos en lucha en España por la razón de que los dos campos tienen un carácter burgués. Y piensan, por la misma razón, que es necesario permanecer neutral en la guerra de Japón contra China. Niegan la diferencia de principios entre la URSS y los países burgueses y rehúsan, vista la política reaccionaria de la burocracia soviética, a defender contra el imperialismo las formas de propiedad creadas por la Revolución de Octubre.

Incapaces de encontrar acceso a las masas las acusan de incapacidad para elevarse hasta las ideas revolucionarias...

Estos profetas estériles no ven la necesidad de tender el puente de las reivindicaciones transitorias, porque tampoco tienen el propósito de llegar a la otra orilla. Como mula de noria, repiten constantemente las mismas abstracciones vacías. Los acontecimientos políticos no son para ellos la ocasión de lanzarse a la acción, sino de hacer comentarios. Los sectarios, del mismo modo que los confucionistas y los magos, al ser constantemente desmentidos por la realidad, viven en un estado de continua irritación, se lamentan incesantemente del « régimen » y de los « métodos » y se dedican a mezquinas intrigas. Dentro de su propio círculo, estos señores comúnmente ejercen un régimen despótico. La postración política del sectarismo no hace más que seguir como una sombra la postración del oportunismo, sin abrir perspectivas revolucionarias. En la política práctica, los sectarios se unen a cada paso a los oportunistas, sobre todo a los centristas, para luchar contra el marxismo.

La mayoría de los grupos y camarillas sectarias de esta índole, que se nutren de las migajas caídas de la mesa de la Cuarta Internacional, llevan una existencia organizativa « independiente » con grandes pretensiones, pero sin la menor posibilidad de éxito. Sin perder su tiempo, los bolcheviques leninistas pueden abandonarlos tranquilamente a su propia suerte.

No obstante, también en nuestras propias filas se encuentran tendencias que ejercen una influencia funesta sobre el trabajo de algunas secciones. Es algo que no debe tolerarse un día más. La condición fundamental para pertenecer a la Cuarta Internacional es una política justa respecto a los sindicatos. El que no busca ni encuentra el movimiento de masas no es un combatiente sino un peso muerto para el partido. Un programa no se crea para las redacciones, las salas de lectura o los centros de discusión, sino para la acción revolucionaria de millones de hombres. La premisa necesaria de los éxitos revolucionarios es la depuración de la Cuarta Internacional del sectarismo y de los sectarios incorregibles.

XX. ! PASO A LA JUVENTUD ! ! PASO A LAS MUJERES TRABAJADORAS !

La derrota de la revolución española, provocada por sus « jefes », la bancarrota vergonzosa del Frente Popular en Francia y la divulgación de los actos de bandidaje judicial de Moscú, son hechos que en su conjunto asestan a la III Internacional un golpe irreparable y, de paso, causan graves heridas a sus aliados, los social-demócratas y los anarcosindicalistas. Desde luego, esto no significa que los integrantes de esas organizaciones se orientarán bruscamente hacia la Cuarta Internacional. La generación más vieja, que ha sufrido un terrible descalabro, en su mayor parte, abandonará en frente de batalla. De otra parte, la Cuarta Internacional, de ningún modo aspira a transformarse en un refugio de inválidos revolucionarios, burócratas y arribistas decepcionados. Por el contrario, contra la afluencia a nuestras filas de elementos pequeño-burgueses que dominan en los aparatos dirigentes de las viejas organizaciones, es preciso adoptar las más estrictas medidas preventivas: un largo período de prueba para los candidatos que no son obreros, sobre todo si se trata de ex-burócratas; prohibición de que ocupen puestos responsables en el partido durante los tres primeros años, etc. En la Cuarta Internacional no hay lugar para el arribismo, cáncer de las viejas internacionales. Sólo encontrarán cabida en nuestras filas aquéllos que quieran vivir para el movimiento y no a expensas del mismo.

Las puertas de la organización están completamente abiertas para los obreros revolucionarios, que son quienes deben sentirse dueños de la misma.

Claro está que aun entre los obreros que en un tiempo ocuparon las primeras filas, actualmente hay no pocos fatigados y decepcionados. Por lo menos en el próximo período, se mantendrán apartados. Con el desgaste de un programa y una organización, se desgasta también la generación que los ha mantenido sobre sus hombros. El movimiento se renueva con la juventud, libre de toda responsabilidad con el pasado.

La Cuarta Internacional presta una atención y un interés particularísimo a la joven generación del proletariado. Toda su política se esfuerza por inspirar a la juventud confianza en sus propias fuerzas y en su porvenir. Sólo el entusiasmo fresco y el espíritu ofensivo de la juventud pueden asegurar los primeros triunfos de la lucha y sólo éstos devolverán al camino revolucionario a los mejores elementos de la vieja generación. Siempre fue así y siempre será así.

La marcha de las cosas lleva a las organizaciones oportunistas a encontrar un interés en las capas superiores de la clase obrera y, en consecuencia, ignoran tanto a la juventud como a las mujeres trabajadoras. Ahora bien, la época de la decadencia del capitalismo asesta a la mujer sus más duros golpes tanto en su condición de trabajadora como de ama de casa. Las secciones de la Cuarta Internacional deben buscar apoyo en los sectores más oprimidos de la clase trabajadora, y por tanto entre las mujeres que trabajan. En ellas encontrarán fuentes inagotables de devoción, abnegación y espíritu de sacrificio.

! ABAJO EL BUROCRATISMO Y EL ARRIBISMO ! ! PASO A LA JUVENTUD ! ! PASO A LA MUJER TRABAJADORA ! Tales son las consignas inscritas en la bandera de la Cuarta Internacional.

XXI. BAJO LA BANDERA DE LA CUARTA INTERNACIONAL

Los escépticos preguntan : Pero ha llegado el momento de crear la Cuarta Internacional ? Es imposible, dicen, crear « artificialmente » una Internacional. Sólo pueden hacerla surgir los grandes acontecimientos, etc. Lo único que demuestran todas estas expresiones es que los escépticos no sirven para crear una nueva Internacional. Por lo general, los escépticos no sirven para nada.

La Cuarta Internacional ha surgido de grandes acontecimientos : de las más grandes derrotas que el proletariado registra en su historia. La causa de estas derrotas es la degeneración y la traición de la vieja dirección. La lucha de clases no tolera interrupciones. La Tercera Internacional, después de la Segunda, ha muerto para la revolución.

! Viva la Cuarta Internacional !

Pero los escépticos no se callan : « Pero ha llegado ya el momento de proclamarla ? ». La Cuarta Internacional — respondemos — no necesita ser « proclamada ». EXISTE Y LUCHA. Es débil. Si, sus filas son todavía poco numerosas pero todavía es joven. Hasta ahora se compone sobre todo de cuadros dirigentes. Pero estos cuadros son la única esperanza del porvenir revolucionario, son los únicos verdaderamente dignos de este nombre. Si nuestra Internacional es todavía numéricamente débil, es fuerte por su programa, por su tradición, y el temple incomparable de sus cuadros dirigentes. Que esto no se vea hoy, no tiene mayor importancia. Mañana será más evidente.

La Cuarta Internacional goza ya desde ahora del justo odio de los estalinistas, de los social-demócratas, de los liberales burgueses, y de los fascistas. No tiene ni puede tener lugar alguno en ningún Frente Popular. Combate irreductiblemente a todos los grupos políticos ligados a la burguesía. Su misión consiste en aniquilar la dominación del capital, su objetivo es el socialismo. Su método, la revolución proletaria.

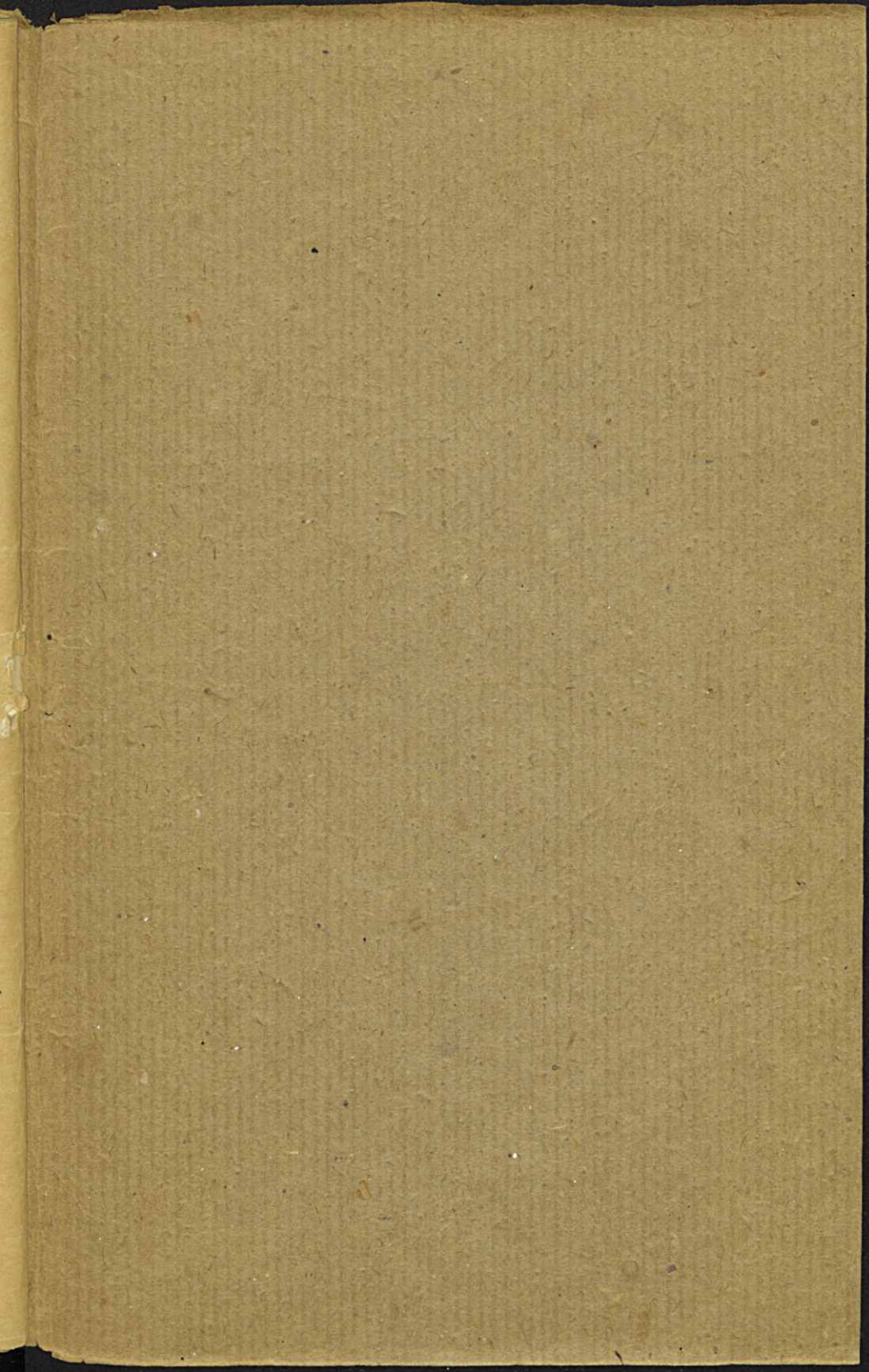
Sin democracia interna no hay educación revolucionaria. Sin disciplina interna no hay acción revolucionaria. El régimen interior de la Cuarta Internacional se rige conforme a los principios del centralismo democrático : completa libertad en la discusión, absoluta unidad en la acción.

La crisis actual de la civilización humana es la crisis de la dirección proletaria. Los obreros avanzados agrupados en torno a la Cuarta Internacional señalan a su clase el camino para salir de la crisis. Le proponen un programa basado en la experiencia internacional de la lucha emancipadora del proletariado y de todos los oprimidos en general. Le proponen una bandera sin mancha alguna.

Obreros y obreras de todos los países, agrupaos bajo la bandera de la Cuarta Internacional. ! Es la bandera de vuestra victoria próxima !

*Congreso fundacional
de la CUARTA INTERNACIONAL*

septiembre de 1938





EDITA Liga Comunista Revolucionaria
organización simpatizante de la
1V Internacional